

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed

PF

PQ6217

.T44

vol. 20

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217

.T44

vol. 20

no. 1-14



a 00002 33989 2

SF

B40

PQ6217

.T44

vol. 20

no. 1-14



7536

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

N O V E L E R A

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE FONTALBA,
el 7 de diciembre de 1928.

PRIMERA EDICIÓN



4

MADRID

1928

NOVELERA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1928, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NOVELERA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE FONTALBA,
el 7 de diciembre de 1928.



MADRID

1928

MADRID.-IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA. TELÉF. 30.501

DEDICATORIA

*Alzaba el brazo ingenuamente
con un afán de rebeldía...*

.....
*¡Oh, la inefable voz de Ofelia
cantando el aria de la ira!*

(José Antonio Balbontín INQUIETUDES.)

La noche del estreno de esta comedia fué harto infortunada para sus autores y para sus sorprendidos y valientes intérpretes. Nosotros, por nuestra parte, podemos asegurar que en cuarenta años de escritores dramáticos, y aun habiendo sufrido tras el telón del foro diversas jornadas borrascosas, pocas veces nos hemos encarado con un público tan hostil, díscolo e impertinente. ¿Qué circunstancias determinaron este hecho? Inquiéralo el aficionado a estudiar la psicología de las multitudes, si gusta: nosotros, en nuestro fuero interno, lo tenemos bien averiguado.

La comedia, prejuzgada ya desde la calle por una indudable mayoría de los espectadores, no se oyó: tal desasosiego y tal marejada había en la sala, hablando y siseando unos, tosiendo otros, mandando callar los que deseaban enterarse. Desconcertados los actores por la falta de eco que hallaban sus palabras, la representación se deslizaba fría, opaca, muerta. A duras penas logró la atención y el silencio en la escena final

del acto segundo y en casi todo el acto tercero. Pero ya estaba perdida la batalla. Quienes hayan juzgado esta obra y a sus intérpretes por aquella sola representación, es natural que se equivoquen en su juicio.

Cuanto ocurrió en la sala va llegando a nosotros por medios directos o indirectos... ¡Se sabe todo! ¡Hasta lo que no se quisiera saber!... Y, sin duda alguna, la anécdota más picante, graciosa y halagüeña para nuestro amor propio es la de que, en el piso principal del teatro, varias modistillas, al terminar la representación, arremetieron airadamente contra unos pollastres que se habían distinguido por alborotadores; y poniéndolos donosamente como los mismos trapos, los hicieron callar y desaparecer con las orejas gachas.

Pues bien: a aquellas arriscadas modistillas, de seguro bonitas, desde luego simpáticas, que tomaron a su cargo la defensa de nuestra heroína, nos complacemos en dedicarles esta comedia. Ni las conocemos, ni es probable que llegue a sus oídos nuestra dedicación; pero ¿qué importa, en este caso? Por lo mismo que en *Novelera* se canta el hechizo y la poesía del misterio, ¿a quién ofrecérsela mejor que a unas muchachas desconocidas, que ingenuamente alzan la voz y el brazo para defendernos? Si no fuese un gusto, que nos traslada a nuestros tiempos estudiantiles, sería un deber de hombres agradecidos. Vayan, pues, a ellas, las que sean, cuantas sean, nuestro cortés saludo y nuestro cordial reconocimiento.

LOS AUTORES

R E P A R T O

PERSONAJES

ACTORES

LLAMA.....	MARGARITA XIRGU.
DOÑA MELCHORA.....	PASCUALA MESA.
PRISCA.....	JULIA PACHELO.
PINPILINPAUXA.....	CARMEN CARBONELL.
HUMBERTO.....	ALFONSO MUÑOZ.
DON JOSÉ MARÍ.....	FRANCISCO LÓPEZ SILVA.
DARÍO.....	LUIS PEÑA.
DON CÁNDIDO LOMA....	FERNANDO FRESNO.
SALAVERRÍA.....	SALVADOR MARÍN DE CASTRO.
MIGUELECHO.....	FERNANDO PORREDÓN.

N O V E L E R A

ACTO PRIMERO

Casita de verano, a estilo de caserío vasco, en una colina de campos de Fuenterrabía. Ante la casita, una explanada que da paso por izquierda y derecha al amplio jardín que la circunda. Al fondo, los montes y la línea del mar. Muebles de jardín, pintados de blanco.

La fachada de la casita, donde luce un escudo familiar tallado en piedra, tiene la graciosa variedad de líneas y planos, de puertas, ventanas y balcones, que caracteriza a estas viviendas. Hasta una de las ventanitas del piso principal trepa una tenue y sencilla enredadera, que la adorna y casi la cubre. Sus florecillas blancas parecen estrellas.

Es de noche, en los comienzos de setiembre. La luz de la luna alumbra los campos y el mar. La de un gran farol, la puerta de la casita y la explanada.

Doña Melchora, distinguida dama vitoriana, que ha cumplido ya los sesenta años, disfruta, cómodamente sentada, de las delicias del sitio y de la noche. A pesar de su natural pacífico, se halla un tanto nerviosa.

De la casita sale, en dirección a la derecha (derecha del actor), Pinpilinpauxa, fragante muchachuela, arrancada como quien dice por la señora de un caserío cercano, para educarla a su servicio. Tanto ella como los otros dos personajes indígenas que más adelante aparecerán, hablan el castellano torpe y graciosamente.

DOÑA MELCHORA. ¿A dónde vas?

PINPILINPAUXA. A serrar verja iba ya, señora.

DOÑA MELCHORA. A cerrar *la* verja has de decir. *La* verja.

PINPILINPAUXA. *Repitiéndolo con dificultad.* La verja.

DOÑA MELCHORA. Y ¿no sabes que aún no ha vuelto la señorita Llama?

PINPILINPAUXA. Pero ¿no fué de viaje?

DOÑA MELCHORA. ¡De viaje!... ¡De viaje!... De viaje anda ella siempre. Márchate tú a tu cuarto y acuéstate.

PINPILINPAUXA. Sí, señora.

DOÑA MELCHORA. Pero no por ahí. No me entres ni me salgas por esta puerta principal, sino por la trasera. ¡Mira que te lo he dicho veces! ¡No acabas de aprender!

PINPILINPAUXA. Ya aprenderé, señora, ya.

DOÑA MELCHORA. Como que si no aprendes te devolveré al caserío, con tus padres, a ser moza de campo y a andar descalza noche y día.

PINPILINPAUXA. Voluntad mucha tengo.

DOÑA MELCHORA. No en todo ni siempre. Hoy bien te has escurrido sin dar la lección de castellano.

PINPILINPAUXA. Como estamos a sábado... *Muchos* tareas.

DOÑA MELCHORA. *Corrigiéndola.* Muchas tareas.

PINPILINPAUXA. Muchas tareas. Ni a ver a mi madre *no* he ido.

DOÑA MELCHORA. *He* ido.

PINPILINPAUXA. No he ido.

DOÑA MELCHORA. Digo que se dice *he* ido. Ni a ver a mi madre *he* ido.

PINPILINPAUXA. No he ido.

DOÑA MELCHORA. ¡Bueno! Ahora hay que dejarlo. No tengo mis nervios para lecciones. Pero como no te apliques más, pasarás el invierno aquí; en los montes

de Fuenterrabía. A Vitoria y a mi casa no te llevaré mientras no hables como es debido.

PINPILINPAUXA. Ya hablaré, ya. Ilusión, sí me hago.

DOÑA MELCHORA. Sí te haces ilusiones, sí. Tú... y ese otro.

Se refiere a Miguelecho, mozo jardinero, que asoma oportunamente por la derecha, boina en mano.

MIGUELECHO. ¿Manda algo la señora?

DOÑA MELCHORA. Que te vayas a más andar al pueblo, a tu casa, donde debías estar hace ya un siglo. Los jardineros nada tienen que hacer por la noche, si no es que se quedan en la cocina, de cháchara.

MIGUELECHO. Traje a Nicolasa mansanilla para cosimiento.

DOÑA MELCHORA. Sí, sí. Nunca te falta a tí alguna yerba que traer para venir a lo que te conviene.

MIGUELECHO. Sí, señora.

DOÑA MELCHORA. ¿Me das la razón?

MIGUELECHO. Sí, señora.

DOÑA MELCHORA. Pues mañana, de día, ajustaremos cuentas sobre el particular.

MIGUELECHO. Sí, señora.

Viene de dentro de la casa Prisca, sobrina de Doña Melchora, soltera que va para solteroncilla contra toda su voluntad. Está más nerviosa que su tía.

PRISCA. ¡Ni rastro!

DOÑA MELCHORA. ¿Qué?

PRISCA. ¡Ni rastro, tía, ni rastro! Desde mi balcón no se divisa alma viviente. ¡La hemos hecho buena!

DOÑA MELCHORA. Calla ahora.

PRISCA. Oye, Miguelecho.

MIGUELECHO. Señorita.

PRISCA. Tú que al anochecer andabas por el cam-

po, ¿no te has encontrado en ninguna parte a la señorita Llama?

MIGUELECHO. No, señorita. En parte ninguna *no* vi. Si vi salir de casa.

PRISCA. Sí; salir de casa vimos todos; lo que no vemos es volver.

DOÑA MELCHORA. Mira, madrileña; si vas tú también a hablar como éstos, avisa.

PRISCA. Es que me contagio, de nerviosa.

DOÑA MELCHORA. Bueno, Miguelecho, anda tú con Dios. No te entretengas más, que no sabes despedarte de aquí. Hasta mañana.

MIGUELECHO. Si Dios *querrá*.

DOÑA MELCHORA. ¡Si Dios quiere!

MIGUELECHO. Si Dios quiere. *Márchase por la izquierda, dedicándole su última mirada a Pinpilinpauxa.*

DOÑA MELCHORA. Tú, Pinpilinpauxa, a tu cuarto, como te he dicho.

PINPILINPAUXA. Si Dios quiere. *Vase por la izquierda también.*

PRISCA. Estos dos están como dos caramelos.

DOÑA MELCHORA. Se gustan, se gustan... Son tal para cual. Gracias a eso van a aprender el castellano. Corre de mi cuenta. Y tú tienes la mala costumbre de hablar de todo delante de los criados. Y no debe ser. Cuando para el otoño te lleve a Madrid, se lo diré a tus padres, para que te corrijan.

PRISCA. Tía, por Dios, ¡si es que estoy de un desasosiego!...

DOÑA MELCHORA. No tiene nada que ver una cosa con otra. Es cuestión de principios; de educación. Yo estoy muy intranquila también, y sin embargo...

PRISCA. ¡Es mucha huésped! Le aseguro a usted que no sé lo que hacer; que pienso atrocidades; que mi imaginación se desboca...

DOÑA MELCHORA. Pues por ahora no hay sino armarse de paciencia y esperar.

Las dos se vuelven hacia Don José Mari, que llega por la izquierda.

PRISCA. ¿Qué?

DOÑA MELCHORA. ¿Qué?

DON JOSÉ MARI. Nada: por aquí tampoco se la divisa.

DOÑA MELCHORA. Por ahí no era natural que viese.

PRISCA. ¿Cómo que no? ¡Más entra ella por la puerta falsa que por la otra! ¡Afán de singularizarse!

DON JOSÉ MARI. Ello es que ahora tampoco se la ve por ahí.

PRISCA. ¡Se la tragó la tierra! ¡Va a buscarnos un conflicto esa mujer!

DON JOSÉ MARI. Paso, paso; no te subas a la parra tan pronto, sobrina.

DOÑA MELCHORA. ¡Ay, José Mari, José Mari!

PRISCA. ¡Ay, tío José Mari!

DON JOSÉ MARI. ¡Basta, hermana y sobrina! ¡Basta ya! ¡No me vengáis con más recriminaciones! ¡Yo acepto la responsabilidad de lo que ocurra con esta misteriosa invitada! Yo la traje a casa sin preocuparme de quién fuese: *mea culpa*. Pecharé con las consecuencias, pero dejadme en paz.

DOÑA MELCHORA. ¡Con las consecuencias pechamos todos! Si crees que lo arreglas haciéndote la víctima, te equivocas. ¡Alabado sea Dios! *Éntrase en la casa.*

PRISCA. Comprenderá usted que no podemos estar tranquilas desconociendo en absoluto a esa mujer. Y si su conducta fuera normal, no nos alarmaríamos; pero ¡con las cosas que hace y los disparates que dice a todo trapo!...

DON JOSÉ MARI. ¿Quién viene? ¿Es ella?

PRISCA. No: es Salaverría. El casero que nos vende los huevos y los pollos.

DON JOSÉ MARI. *Con un suspiro de cansancio.* ¡Ay, Dios mío de mi alma!

El consumo de energía empleado en defenderse de sus familiares lo ha rendido, y se deja caer en una butaca. Es hombre tímido y de pocos ánimos. Por la izquierda aparece el anunciado Salaverría, viejo vasco de excelente humor.

SALAVERRÍA. ¿Permiso?

PRISCA. Pase, pase, Salaverría. ¿Va usted allá dentro?

SALAVERRÍA. No, señorita.

PRISCA. Pues ¿qué trae a estas horas?

SALAVERRÍA. Esta bolsa traigo.

PRISCA. ¿Cómo? ¿Viene de Hendaya? ¿Es contrabando?

SALAVERRÍA. Hoy no, señorita. Es otra cosa. Esta señorita que anda mucho por todas partes, de *chape-la* y capa va siempre, y aquí yo he visto el otro día, ¿se hospeda aquí?

PRISCA. Sí; aquí se hospeda. ¿Por qué?

SALAVERRÍA. Porque a la tarde estuvo en case-río, charló con mujer y con chicos, y de pronto pasó *auto*, conosió personas, llamó, se fué en él y olvidado dejó esta bolsa.

PRISCA. A ver. Sí; es suya. La lleva casi siempre. Voy a cerciorarme. *Curioseá cuanto hay dentro del bolso.*

DON JOSÉ MARI. Mujer, si la reconoces por suya, ¿a qué te metes a registrar...?

SALAVERRÍA. ¡Oh! Mujer, curiosa. Es sabido. En casa tengo seis.

PRISCA. No cabe duda: es de ella. ¡Por el olor más que por nada! Porque ni lleva tarjetas, ni pasaporte, ni... Ya le diremos cuando vuelva que usted

la ha traído. ¡Si vuelve! ¡No ganamos para sustos con ella!

SALAVERRÍA. ¿Extravagante?

PRISCA. Y algo más.

DON JOSÉ MARI. *Reprendiéndola.* ¡Prisca. Prisca!...

SALAVERRÍA. Un poquito *eroa*... o así.

PRISCA. ¿*Eroa*?

SALAVERRÍA. Aquí decimos *eroa*. Loca... o así.

PRISCA. ¡Así!

DON JOSÉ MARI. ¡Prisca!

PRISCA. Se lo tiene que parecer a todo el mundo, tío. Muchas gracias, Salaverría.

SALAVERRÍA. Ninguno. ¿Está contenta la señorita en Fuenterrabía?

PRISCA. Muy contenta. Esto es encantador.

SALAVERRÍA. Prueba es que viene la señorita.

PRISCA. Mientras mis tíos no se cansen de mí y me traigan...

DON JOSÉ MARI. O ella no se canse de los tíos...

SALAVERRÍA. Ni unos ni otros *no* se cansarán. *Mostrándole a Prisca verticalmente el dedo índice de una mano.* Y ¿sigue así la señorita?

PRISCA. ¿Cómo así?

SALAVERRÍA. Sola: sin novio.

PRISCA. ¡Ah, sí! No hay quien me quiera.

SALAVERRÍA. Pues eso es contra Dios.

PRISCA. ¡Pues que Dios lo arregle! ¡Y cuanto antes pueda, mejor!

SALAVERRÍA. Sí, sí: mujeres bonitas no han de quedar solteras. Y ya se van pasando años. Pocos más... ¿eh, señorita?... y *neskacharra*.

PRISCA. ¿*Neskacharra*? ¡Me suena eso muy mal, Salaverría!

SALAVERRÍA. *Neskacharra* llamamos nosotros *mosita vieja*.

PRISCA. ¡Pues eso me suena todavía peor!

SALAVERRÍA. Dispense, señorita.

PRISCA. No hay de qué.

SALAVERRÍA. Si no desean nada, me marchó.

PRISCA. Vaya usted con Dios.

DON JOSÉ MARI. Buenas noches.

SALAVERRÍA. Con Dios, señoritos. *Al marcharse por donde llegó, viendo venir a Llama.* ¡Casualidad! ¡Ya viene la señorita forastera! Buenas noches.

PRISCA. ¿Sí, eh? ¿Ve usted, tío? ¡Por la puerta falsa!

DON JOSÉ MARI. ¡Gracias a Dios!

PRISCA. ¡Sea bienvenida! ¡Jesús con la mujer!

Vuelve Doña Melchora.

DOÑA MELCHORA. ¡Vaya! ¡Ya tenemos ahí a Doña Extravagante!

DON JOSÉ MARI. Bueno, os suplico que no la importunéis con reticencias y regaños.

DOÑA MELCHORA. Le daremos un aplauso al llegar, si te parece. ¿Con quién habla ahora?

PRISCA. Con Salaverría, que ha venido a traernos ese bolso, que se dejó olvidado. ¡Con cualquiera se detiene ella, si lleva pantalones!

DON JOSÉ MARI. ¡Prisca!

PRISCA. Lo mismo le da un pescador, que un carabinero, que un príncipe.

DON JOSÉ MARI. ¡Silencio!

Esperan un momento. Llega por la izquierda nuestra heroína, sonriente y feliz, con aire de mujer independiente y original. Como ha dicho Salaverría, trae boina y capa.

LLAMA. Ya sé lo de mi bolso. Buenas noches. Lo

dejé adrede a ver si se quedaban con él. No me gusta. ¿Se han alarmado ustedes por mi tardanza?

DOÑA MELCHORA. ¡Naturalmente, hija!

PRISCA. No era para menos: ¡cenamos a las nueve y son las once de la noche!

LLAMA. Yo he cenado en un caserío.

DOÑA MELCHORA. Pero aquí no sabíamos una palabra.

LLAMA. Afortunadamente no he podido avisar. Pues ¿no es bonito eso? ¿Qué pasa? ¿Qué no pasa? ¿Dónde estará? ¿Dónde no estará?

DOÑA MELCHORA. ¡Ah! ¿Eso es bonito?

DON JOSÉ MARI. Es que mi hermana y mi sobrina son muy pacatas, y se ponen siempre en lo peor.

DOÑA MELCHORA. ¡Pacatas, dice!...

LLAMA. Lo peor no sé yo lo que es. Lo mejor es la noche. ¡Qué noche! ¡Qué luna! ¡Cuánto se sueña en estas noches! ¡Cómo están esos valles y esas montañas, y ese mar que se rinde a sus pies sin callarse nunca! Don José Mari, usted que me comprende: he ido desde el Cabo Higuer hasta Guadalupe, y me ha ocurrido la cosa más interesante... ¡Usted no va a creerme, Prisca!

PRISCA. Es casi seguro.

LLAMA. ¡Ni Doña Melchora tampoco!

DOÑA MELCHORA. Cuando usted lo dice...

DON JOSÉ MARI. *Embelesado ya.* ¿Qué ha sido, qué ha sido?

LLAMA. ¡Lo más extraordinario! ¡Yo comprendo que es increíble! Eché por un atajo desconocido... Lo muy conocido me cansa, me aburre.

PRISCA. Muchas gracias por el favor.

LLAMA. ¡A usted casi acabo de conocerla, Prisca!

DON JOSÉ MARI. ¡Claro, mujer! ¡Qué pata de gallo!

LLAMA. Eché, como digo, por un atajo nuevo para

mí, y de pronto, junto a unas zarzamoras, me encontré a un pequeñuelo llorando. ¡Precioso niño! ¡Un amor de criatura!... Rubio, con los ojos azules... En mis días de escultora lo habría tomado de modelo para un niño Dios. Lo acaricié, lo consolé lo mejor que pude, le dí unos caramelos que llevaba en el bolso que antes me había dejado en el caserío...

PRISCA. Y si se lo había dejado, ¿cómo llevaba...?

LLAMA. *Riendo.* ¡Lo he dicho justamente por oír-la a usted, Prisca! Le dí unas moras que yo iba comiendo, le lavé la carita en un manantial que allí cerca brotaba, y me hice grande amiga suya. Comprendí que estaba perdido; le pregunté... y no pude entenderlo, porque no me contestaba más que en vascuence, y yo no lo sé todavía. Le hablé por gestos y por señas. ¡Inútil! ¡Tampoco logré que él me entendiera a mí! Hacía pucheros y más pucheros lastimosos y chapurreaba su jerga incomprensible. ¡Qué desesperación! Entonces me decidí a llevármelo en brazos, por ver si andando, andando tropezaba con algún casero que lo conociese. Así caminé... no sé cuánto tiempo. El angelillo se durmió. Me senté sobre unas piedras a descansar y a mirarlo dormido al resplandor del sol que se ponía. El rosa pálido del cielo y el de la carita del niño eran iguales: tenían luz y color. Despertó en esto, y aquí viene lo grande: me miró sonriente y me dijo, señalándome a un caserío chiquitín que se divisaba entre dos montes, como la casita de un Nacimiento:—Allí vivo yo. Llévame con mis padres.

PRISCA. ¿En castellano se lo dijo?

LLAMA. ¡En castellano!

DOÑA MELCHORA. ¡Bah!

LLAMA. ¡He ahí la rareza, el milagro, lo sorprendente, lo inaudito!

DOÑA MELCHORA. Pero ¿usted cree de buena fe, señorita Llama, que aquí nos chupamos el dedo?

LLAMA. *Riéndose.* ¿Piensa usted que es invención mía?

DOÑA MELCHORA. ¡Claro!

PRISCA. ¡Nadie puede pensar otra cosa! Mire usted: hasta su abogado defensor está callado como en misa.

DON JOSÉ MARI. *Con timidez graciosa, sonriéndole bondadosamente.* Declaro, la verdad, que me ha gustado el cuento, pero que... ¡si el pequeñín sólo hablaba eúscaro!... En fin, *se non è vero...*

LLAMA. ¡Ja, ja, ja! Yo declaro también a mi vez, en honor de Don José Mari, que hay en lo que he dicho mitad verdad y mitad mentira. Nadie que no sea un alma de cántaro referirá nada nunca sin poner en ello algo de su cosecha. Lo que yo no diré, para que Prisca se desespere, es qué hay de sucedido en mi cuento y qué hay de mi invención.

PRISCA. ¡Toma! ¡Pues será sucedido que se encontraré usted a un chico desharrapado y lleno de moscas, y que usted le lavase la cara y hasta lo llevase a su caserío! ¡Todo lo demás es hijo de su imaginación calenturienta!

DOÑA MELCHORA. Una bola poética, a lo sumo.

LLAMA. ¡Averígüelo Vargas! ¡Vuelvo! *Coge su bolso y se encamina a la casa diciendo:* ¡Este bolso, que no quiere perderse nunca!

PRISCA. ¿Tiene usted más que regalarlo?

LLAMA. No, si lo que quiero es que se pierda, para interesar a quien se lo encuentre: “¿De quién será? ¿De quién no será?” ¿No es bonito? ¡Vuelvo! *Éntrase.*

DOÑA MELCHORA. Bueno, José Mari; tú lo compondrás a tu antojo, pero esta mujer no es más que una embustera como una casa.

PRISCA. Una embustera o algo peor. ¡Una em-

baucadora! Yo, la verdad, no estoy en mis quicios con ella.

DOÑA MELCHORA. Ni yo tampoco.

DON JOSÉ MARI. ¡Patarata! Os preocupáis sin ningún fundamento.

DOÑA MELCHORA. Hijo, tú, porque te embobas escuchándola. No sé qué te ha dado. Si tuvieras algunos años menos habría para temer...

DON JOSÉ MARI. ¡Bah, bah, bah! ¡Qué pampirrolada! A mí me encanta el ángel de esta mujer, su fantasía, la sal con que adoba los hechos más vulgares, su chispa, su humor... ¡Qué sé yo que os diga!... Le he tomado un afecto... un afecto...

PRISCA. *Irónica.* ¡Paternal!

DON JOSÉ MARI. No, hija mía; no te anticipes a mis palabras. No es paternal mi afecto; va por otro camino. La quiero... como se quiere a la heroína de una novela famosa, de una comedia, de un poema... ¿Comprendéis? Como una figura del arte: una hermosa estatua, un bello retrato...

PRISCA. ¡Así empiezan muchos!

DOÑA MELCHORA. Vístelo como quieras. Eso, en otra edad, tiene un nombre.

DON JOSÉ MARI. ¡Y dale!

PRISCA. ¡Pues no va descaminada la tía! ¡A última hora se anima la estatua y empieza a guiñar el retratito!

En esto se oye dentro, hacia la derecha, a Don Cándido Loma.

DON CÁNDIDO. ¡Ah de la casa!

PRISCA. ¿Quién?

DOÑA MELCHORA. El señor de Loma.

DON JOSÉ MARI. ¿A las tantas de la noche?... ¡Por Dios! ¿Qué hora de visitas...? Decidle que yo me he acostado. No es hora de aguantar a un tonto.

¡Que venga de día! Buenas noches. *Vase al interior de la casa.*

Tía y sobrina se miran comentando.

DOÑA MELCHORA. Es otro.

PRISCA. Otro. Hasta su educación y su cortesía va perdiendo.

DOÑA MELCHORA. Desde que esta mujer está aquí, parece que no quiere hablar más que con ella.

PRISCA. Esto es muy grave, tía. Los solterones de cierta edad suelen dar unos batacazos terribles.

DOÑA MELCHORA. Ya has oído lo que le he dicho. Y con este señor Don Cándido vamos a hablar ahora de todo esto. Porque es hombre corrido, y creo que no tan tonto como se figura mi hermano. A ver qué se le ocurre.

PRISCA. Me parece muy bien. Porque además en estas circunstancias no sabríamos hablar de otra cosa. Yo, por lo menos.

En la ventanita que acaricia la enredadera se enciende una luz.

DOÑA MELCHORA. *Adelantándose a recibir a Don Cándido Loma, que aparece.* Pase, nuestro buen amigo, pase usted.

PRISCA. Buenas noches, vecino simpático.

DON CÁNDIDO. Muy buenas noches. ¿No soy importuno?

DOÑA MELCHORA. ¡De ninguna manera!

DON CÁNDIDO. Temí encontrarlas ya recogidas.

PRISCA. No, señor. ¡Está tan hermosa la noche!...

DOÑA MELCHORA. ¿Quién la deja ni aun por las sábanas?

PRISCA. Con esta luna no necesita usted su gusano de luz.

DON CÁNDIDO. Pues lo traigo. *Muestra una linternita de bolsillo.*

DOÑA MELCHORA. Siéntese usted.

DON CÁNDIDO. Mil gracias. ¿Y mi señor Don José Mari?

PRISCA. Se retiró hace rato. Le dolía... ¿Qué le dolía?

DOÑA MELCHORA. Nada... Aprensiones suyas. Un poquillo alterado el corazón. Le da por subir adonde no puede... y se cansa.

PRISCA. No está el buen señor ya para esos trotes.

DON CÁNDIDO. ¡Por Dios! ¡Y habiendo *autos* tan hermosos y carreteras que son salones asfaltados! Yo no he entendido nunca ese trepar de cabras.

DOÑA MELCHORA. ¿Y su enfermo de usted?

DON CÁNDIDO. Bien; muy bien. Va adelante. Le prueba este terreno. Me lo llevaré repuesto a Madrid. Si no fuera por él, ¿cómo había yo de resignarme a un veraneo tan aburrido? ¡Ay, Deauville de mi alma!

Hora es ya de decir que este señor Don Cándido Loma es hombre elegantísimo y mundano. Viste siempre a la última moda, en casa y en la calle, y tiene para cada hora y ocasión un traje distinto.

DOÑA MELCHORA. Pero ¿se aburre usted aquí?

DON CÁNDIDO. Gracias a la buena vecindad y a los cuidados a que me obliga mi hijo, voy matando el tiempo. Pero ¡no me digan ustedes que aquí hay distracciones! ¡La Naturaleza, y nada más!... Y yo nunca le hice el amor a la Naturaleza. Su libro... es el único libro verde que no me distrae.

DOÑA MELCHORA. Eso va en gustos.

DON CÁNDIDO. Prisca, esta visita es particularmente para usted. Mi pobre hijo, en fuerza de no te-

ner salud, ha acabado por ser todo un doctor en medicina.

PRISCA. ¡Ah! ¿Me trae usted las pildoritas para el insomnio?

DON CÁNDIDO. Precisamente: aquí las tiene usted. *Le entrega una cajita.*

PRISCA. Tantas gracias. Déselas usted a su hijo. Y crea usted que si cojo el sueño esta noche... las daré por maravillosas. Le escribiré al farmacéutico para que lo anuncie con mi retrato.

DON CÁNDIDO. ¿Está usted excitada?

PRISCA. Estoy que brinco.

DOÑA MELCHORA. Y yo poco menos, aunque lo disimule poco más.

DON CÁNDIDO. ¿Y eso?

DOÑA MELCHORA. Justamente deseábamos hablar con usted del asunto.

DON CÁNDIDO. Soy todos oídos.

PRISCA. Habrá observado usted que hace días tenemos una huéspededa.

DOÑA MELCHORA. Baja un poco la voz, que debe de estar en su cuarto.

PRISCA. Sí; allí está: hay luz en la ventana. Ahora no hay temor de que baje. Se habrá puesto a escribir paparruchas.

DON CÁNDIDO. ¡Ah! ¿Es quizá la huéspededa de ustedes esa señorita de la capa y de la boina...?

DOÑA MELCHORA. Sí, señor: la misma que viste y calza.

DON CÁNDIDO. Mujer atractiva; mujer interesante parece. ¿Quién es ella?

DOÑA MELCHORA. ¡Eso quisiéramos saber nosotras!

DON CÁNDIDO. ¿Cómo, cómo? ¿Es su huéspededa y no saben quién es? ¡No contaba yo con esa huéspededa!

PRISCA. ¡Como que es absurdo!

DON CÁNDIDO. Pues ¿quién la ha invitado?

DOÑA MELCHORA. Mi hermano José Mari, que es un infeliz... un cuitado, y que no sabe tampoco quién es ella.

DON CÁNDIDO. ¿Ah, no? ¡Sí que es un caso éste!

DOÑA MELCHORA. En su último viaje a la Habana...

DON CÁNDIDO. ¿Viaje de quién?

PRISCA. De mi tío José Mari, que tiene allí negocios de azúcar.

DOÑA MELCHORA. Bueno, pero el conocimiento no lo hizo allí, sino a la vuelta.

PRISCA. A la vuelta, sí; en el trasatlántico. ¡Vea usted qué sitio para trabar una amistad!

DOÑA MELCHORA. Parece ser que esta mujer incógnita era allí la heroína: traía revuelto aquel cotarro.

PRISCA. No pasaba día sin que ella discurriera algún disparate para distraer a los pasajeros.

DOÑA MELCHORA. Unas argentinas que venían en el barco le pusieron de sobrenombre Novelera.

DON CÁNDIDO. *Con acento argentino.* ¡Novelera, ché!

PRISCA. ¡Y está muy bien puesto! ¡Porque inventa historias y miente como no tiene usted idea, amigo Don Cándido!

DOÑA MELCHORA. ¡No alces la voz, por la Virgen Blanca!

DON CÁNDIDO. ¡Es un caso! ¡es un caso! Insisto.

DOÑA MELCHORA. Pues bien, de pronto...

PRISCA. A los cuatro días de navegación...

DOÑA MELCHORA. Cayó un poco enfermo, algo más que un poco, José Mari.

PRISCA. Y a esta novelera le faltó tiempo para

colocarse una blusa blanca y sentirse enfermera de la Cruz Roja.

DOÑA MELCHORA. Eso hay que agradecerlo, Prisca.

DON CÁNDIDO. Sí; eso revela buen corazón.

PRISCA. ¡Y buena vista! ¡Un viejo solterón, bien conservado y con azúcar en la Habana! ¡Ahí es nada! Si como es viejo llega a ser vieja, lo asiste el médico de a bordo.

DOÑA MELCHORA. ¡Qué maliciosa eres!

PRISCA. Piensa mal y acertarás.

DOÑA MELCHORA. Ello es que esta mujer fué extremosa asistiendo a mi hermano; que él curó, a Dios gracias, y que al desembarcar en Cádiz se creyó en el deber, por gratitud y por cortesía, de ofrecerle esta casa, donde pasamos los veranos, y nuestro domicilio en Vitoria.

PRISCA. Un cumplido, como usted comprende: un mero cumplido.

DON CÁNDIDO. Elemental, elemental...

PRISCA. Porque si a cada persona a quien se le dice: "Ya sabe usted donde tiene su casa", va a mudarse a ella, ¡lucidos estábamos!

DON CÁNDIDO. Elemental, elemental...

PRISCA. Pues la prójima, ni corta ni perezosa, se nos ha plantado aquí con sus baúles.

DOÑA MELCHORA. Y ésta es la bendita hora en que aún no hemos logrado averiguar quién es.

DON CÁNDIDO. ¡Curiosísimo! ¡curiosísimo! ¡Un verdadero caso! ¿Es española, por supuesto?

DOÑA MELCHORA. Parece que sí; pero ¡vaya usted a fiarse!

PRISCA. ¡Ella cuenta cada día una patraña! ¡A creerla, lo mismo puede ser española que china!

DON CÁNDIDO. ¿Cómo se llama?

PRISCA. Esa es otra gracia: cada día usa un nombre distinto. Cambia de nombres como de camisa.

DOÑA MELCHORA. Según, dice ella, el estado del ánimo. ¿Usted ha oído cosa igual?

PRISCA. ¡Según que ha visto un perro o un gato!

DON CÁNDIDO. *Como quien de pronto pone el dedo en la llaga.* ¿No estará loca?

DOÑA MELCHORA. ¡No me lo diga usted, por Dios!

PRISCA. No, no está loca; ¡qué ha de estarlo! Sabe muy bien adonde va. Ahora, estos días, se nombra Llama.

DON CÁNDIDO. ¿Cómo?

PRISCA. Llama. ¡La Virgen de la Llama!

DON CÁNDIDO. No conocía esa advocación.

PRISCA. ¡Ni nadie!

DON CÁNDIDO. Y les prevengo a ustedes que he de investigarlo. Porque yo soy un gran lector de almanaques.

DOÑA MELCHORA. ¿Sí?

DON CÁNDIDO. Sí. Compro todos los años hasta una docena. Unos los voy consumiendo hoja por hoja, a medida que pasan los días; otros los guardo sin abrir, como una prueba material y tangible de los años que vivo.

DOÑA MELCHORA. *Temiendo que acierte en su juicio Don José Mari.* ¡Ya!

PRISCA. Y aquí nos tiene usted a las dos con el sueño perdido. Mi tía, creyendo a ratos que se nos ha entrado por las puertas una enviada de la Rusia roja, y yo inclinándome más bien a creer que no es sino una pájara de cuenta que busca unos calzones.

DON CÁNDIDO. ¡Es un caso! Ahora bien: ¿qué pretenden ustedes de mí?

DOÑA MELCHORA. Que nos aconseje, que nos

ayude a averiguar... que indague, mejor que nosotras, como hombre de mundo que es...

DON CÁNDIDO. ¡Oh! ¡Con el alma y la vida! ¡Tarea más de mi gusto!... ¡Y en este páramo de Fuenterrabía!... Ya tengo distracción. Encantado, encantado. Antes de una semana de tratarla yo, he de darles a ustedes su ficha exacta.

PRISCA. ¡No se haga usted demasiadas ilusiones! Es muy enredadora, y no precisa nunca nada que usted vea.

DOÑA MELCHORA. ¡Nada!

PRISCA. ¡En mis días viajeros, en mis días tranquilos, en mis días melancólicos, en mis días de peliculista, en mis días de París, en mis días de Londres, aquel año, aquel hombre, aquella mujer!... ¡No precisa nada!

DON CÁNDIDO. No importa. ¡A buena parte viene! Descubriré todo su interior como se saca el serrín de una muñeca. Tengo un don especial para esto.

DOÑA MELCHORA. ¿Ah, sí?

DON CÁNDIDO. Sí, señora.

PRISCA. ¡Mire usted por donde!...

DON CÁNDIDO. El enigma femenino no existe para mí. Veo una mujer, la contemplo atentamente y me digo: es de Talavera de la Reina y tiene novio. Y no falla. Y como llegue a hablar con ella... ¡vamos! No hay reconditez de su espíritu que se me oculte.

DOÑA MELCHORA. ¡Pues hemos dado con nuestro hombre, Prisca!

PRISCA. Si no es ésta la excepción de la regla.

DON CÁNDIDO. No lo dude usted. Antes de una semana, en cuanto yo me ponga al habla con esa mujer, he levantado el velo del misterio. ¿Ella es persona como de unos veinticinco años?

PRISCA. ¿Veinticinco? ¡Y los que anduvo a gatas!

DON CÁNDIDO. También lo sabremos exactamente.

PRISCA. Trabajo le mando a usted, señor de Loma: mujer, embustera y enamorada del misterio... ¡Cualquiera le saca a ésa los años que tiene!

DON CÁNDIDO. Yo, Prisca, yo mismo: ¡si es mi don! ¿No se lo digo a usted? Me basta un primer palique; me basta una mirada, y no me equivoco en quince días.

PRISCA. Pues hágame usted el favor de echar los ojos para otra parte.

DON CÁNDIDO. ¡Ja, ja, ja! ¡Está bien, está bien!... ¡Bonita chuscada!

DOÑA MELCHORA. Silencio, que aquí sale ella.

DON CÁNDIDO. Pues yo ya me iba. Es lo hábil. Un acto de presentación brevísimo... y déjenme ustedes a mí. A última hora, si se me envuelve muy entre brumas, saco el Cristo.

PRISCA. ¿El Cristo?

DON CÁNDIDO. Sí: le hago el amor.

PRISCA. ¡Vaya! ¡Cayó pez!

DON CÁNDIDO. ¡No; no! Es un recurso policíaco. Cada maestrillo...

Del interior de la casa sale Llama. Ha dejado la boina y la capa habituales en ella, y se cubre los hombros con un pañolillo bordado en colores.

LLAMA. Buenas noches.

DON CÁNDIDO. Muy buenas noches.

DOÑA MELCHORA. Presentándolos. La señorita... Digo, ¿señorita o señora...?

LLAMA. ¡Qué más da!

Estupefacción.

DOÑA MELCHORA. ¡Ah! ¿qué más da? ¡Bueno! Pues la señora o la señorita... ¿Cómo se llama usted esta noche?

LLAMA. Esta noche me llamo Piadosa.

DOÑA MELCHORA. Perfectamente. La señora o la señorita Piadosa; ya lo oye usted.

DON CÁNDIDO. Mucho gusto.

DOÑA MELCHORA. Nuestro vecino de verano Don Cándido Loma... que se llama así desde que nació.

LLAMA. ¡Ja, ja, ja! ¡Le da usted demasiada importancia a los nombres, doña Melchora!

DOÑA MELCHORA. ¡La que tienen, hija!

LLAMA. No tienen ninguna. El nombre es lo único que se puede averiguar fácilmente de cada persona. Todo el mundo lo lleva en la cédula. Lo que importa es conocer algo más. ¿Verdad, señor?

DON CÁNDIDO. Es un punto de vista.

LLAMA. Más sabemos a veces de una persona que vive lejos de nosotros, que de otra con quien estamos todos los días.

PRISCA. ¡Esa sí que es una verdad como un templo!

DON CÁNDIDO. Pues yo, en cuanto a mí, empiezo todos mis conocimientos revelando mi nombre de pila. Cándido Loma y Díaz Majuelo, servidor de usted. Aquí, en la villa inmediata, *Mariacho-Enea*, tiene usted a sus órdenes a un viudo... con un hijo. En Madrid, Zurbano, 77, hotel, me ofrezco a su servicio rendidamente.

LLAMA. Satisfechísima de conocer su cédula personal. Yo, como vivo errante, no me ofrezco en parte ninguna. ¡En el mundo entero me hallará usted!

DON CÁNDIDO. ¡Bravo! Y con la venia de todos, me retiro. *Despidiéndose de Llama*. Me abstengo de besarle la mano, mientras no sepa si debo o no. Se-

ñora... Señorita... *A Doña Melchora, besándosela. Mi señora y dueña...*

DOÑA MELCHORA. Adiós, Don Cándido.

DON CÁNDIDO. Prisca...

PRISCA. Pase usted buena noche. Reiteradas gracias a su hijo.

DON CÁNDIDO. No las merece. Mis saludos a Don José Mari.

Saca el hombre su linternita y se marcha, entreviendo ya un gran triunfo de psicólogo. Prisca lo acompaña.

LLAMA. Es muy fino este caballero.

DOÑA MELCHORA. Muy fino. Y excelente persona.

LLAMA. No sé.

DOÑA MELCHORA. Yo, sí; por eso se lo digo.

LLAMA. Yo, no; por eso se lo digo también. Es usted muy buena para que yo fíe en su juicio sobre los demás.

PRISCA. *Volviendo.* ¡Vaya! A dormir se ha dicho. Voy a probar estas pildoritas para el insomnio. Hasta mañana.

LLAMA. Que descanse bien, Prisca.

PRISCA. Allá veremos. *Éntrase en la casa.*

DOÑA MELCHORA. ¿Usted se queda aquí?

LLAMA. Sí; un rato todavía. Quiero disfrutar de la noche. Pero puede usted apagar el farol: no lo necesito. ¡Bendita y santa calma ésta!

DOÑA MELCHORA. Hasta mañana, pues.

LLAMA. Hasta mañana.

DOÑA MELCHORA. Si Dios es servido.

Éntrase también Doña Melchora. Un instante después se apaga el farol de la puerta. Triunfa la plata de la luna en el cielo y en el jardín. La lucecita de la ventana alta sigue brillando.

LLAMA. *Abandonándose a sus sentimientos.* ¡Horas vulgares, incoloras, monótonas! ¡Hombres iguales todos!... ¡Mujeres repetidas como figurines!... ¡Venga lo nuevo, lo insospechado, lo original, lo único!... ¡Venga, venga!... *Queda en grato recogimiento. Por la izquierda, sigilosamente, sale Pinpilinpauxa y cruza hacia la derecha sin verla. La voz de Llama la detiene, sobrecogiéndola.* ¡Pinpilinpauxa!

PINPILINPAUXA. ¿Eh?

LLAMA. ¡Pinpilinpauxa! ¿Adónde vas?

PINPILINPAUXA. Disculpe, señorita Llama. No había visto.

LLAMA. ¿Adónde vas?

PINPILINPAUXA. Voy... voy...

LLAMA. Nada temas: dímelo. Casi me lo figuro.

PINPILINPAUXA. Eso es.

LLAMA. ¿He acertado?

PINPILINPAUXA. Eso es.

LLAMA. ¿A ver al novio?

PINPILINPAUXA. Sí, señorita. Al carrojo, ahí junto.

LLAMA. Sin que se entere Doña Melchora, por supuesto.

PINPILINPAUXA. Eso es.

LLAMA. Descuida por mí. Ni mucho menos Prisca, ¿no?

PINPILINPAUXA. Eso es. La sobrina, más temo que la tía.

LLAMA. Pero ellas ¿no te consienten los amores?

PINPILINPAUXA. Sí, señorita.

LLAMA. Eso he creído ver. Y aun te dejan hablar con Miguelecho libremente.

PINPILINPAUXA. Así, así. Dejar, ya dejan; pero novios, no quieren todavía. Él, jardinero; yo, en casa. Hablar, que hablemos, pero cosa de enamorados, aún no permiten, no.

LLAMA. ¿Por qué?

PINPILINPAUXA. Primero, aprender castellano.

LLAMA. ¡Ah!

PINPILINPAUXA. Y luego, casar en seguida. Dote nos da, si aprendemos pronto.

LLAMA. ¡No está mal discurrido! ¡Buen acicate!

PINPILINPAUXA. Dise la señora que así aprendemos seguro.

LLAMA. ¡Seguro! Y ahora, en el carrojo, ¿os veís para dar la lección?

PINPILINPAUXA. No, señorita Llama. ¡Qué haser! Ahora hablamos vasco; sin nadie que *no* nos vea; que *no* nos oiga. Lo nuestro. Seguido, seguido. En castellano, torpe él, torpe yo. En vasco, seguido, seguido, seguido.

LLAMA. ¡Ea! Pues anda, no te entretengas más.

PINPILINPAUXA. Gracias, señorita. ¿No dirá nada, no?

LLAMA. Vete tranquila.

PINPILINPAUXA. *Eskarrikasco*.

LLAMA. ¡Ya comenzaste! *Eskarrikasco* ¿es gracias?

PINPILINPAUXA. Eso es.

LLAMA. ¿Y *Pinpilinpauxa*... tu nombre?

PINPILINPAUXA. Mariposa.

LLAMA. ¡Ah! ¡Bien te han bautizado!

PINPILINPAUXA. También desimos *micheleta*. Mi nombre verdadero es Sabina.

LLAMA. Me gusta más Pinpilinpauxa.

PINPILINPAUXA. Dise doña Melchora que en quince años que viene a Fuenterrabía, aprender no ha podido más que esos dos: *eskarrikasco* y *pinpilinpauxa*.

LLAMA. Anda con Dios, mujer.

PINPILINPAUXA. Buenas noches. *Corre en busca de Miguelecho*.

LLAMA. *Después de un silencio*. ¡Y esto es lo más

extraordinario que me ha sucedido en el día!... Lo anotaremos en mi *Diario* de la verdad, idealizando un poco el pasaje.

Vase adentro muy lentamente.

Pausa. Por la derecha, a poco, aparece Humberto, hombre joven aún, de traza sencilla, de ojos inteligentes. Avanza en la explanada como persona que por primera vez llega a un lugar que desconoce. Alza luego la vista, y dice, refiriéndose a la luz de la ventana:

HUMBERTO. Aquélla es. ¿Quién vela a diario? ¿Quién medita? ¿Quién estudia... o quién sufre? Porque si es un enfermo...

Llama, que ha sentido pasos, asómase a la ventanita.

LLAMA. ¿Quién? Humberto calla, agradablemente sorprendido ¿Quién es? Nuestro hombre no da con la respuesta. ¿Pinpilinpauxa? ¿Miguelecho?

HUMBERTO. No.

LLAMA. ¿Quién es, entonces? No distingo bien desde aquí...

HUMBERTO. Perdone. ¿Se ha asustado?

LLAMA. Yo, no. ¿Y usted... quien sea?

HUMBERTO. Tampoco. Desde luego no soy un ladrón.

LLAMA. No sé si sentirlo.

HUMBERTO. ¿Eh?

LLAMA. ¿Viene buscando a alguien?

HUMBERTO. A nadie: concretamente, a nadie.

LLAMA. ¿Se ha extraviado en el monte?

HUMBERTO. No. Vengo aquí.

LLAMA. ¿Conoce a los dueños de la casa?

HUMBERTO. No.

LLAMA. Y, sin embargo, ¿viene aquí?

HUMBERTO. Ciertamente.

LLAMA. Pues... ¿qué le trae?

HUMBERTO. La luz de esa ventana.

LLAMA. ¿La luz de esta ventana? Es curioso.

HUMBERTO. Y un poco largo de contar. ¿Es mala hora?

LLAMA. La mejor. ¿A quién ha de contarle el cuento?

HUMBERTO. ¿Es usted quien enciende la luz?

LLAMA. Yo soy.

HUMBERTO. Pues a usted quisiera contárselo.

LLAMA. ¡Ah! Pues al momento bajo a oírlo.

HUMBERTO. Sentiría causarle una molestia.

LLAMA. ¡Déjese de cumplidos triviales! Bajo a oírlo.

HUMBERTO. No esperaba yo ser tan afortunado.

LLAMA. Aguarde, aguarde... *Retirándose entusiasmada de la ventanita.* ¡Esto está muy bien!

HUMBERTO. ¡Es una mujer la que vela!... Y ¡qué voz más grata la suya!... Si ella fuera como su voz... Nunca la oí, y ya quiero volver a oírla... *Enciéndese el farol de la puerta, iluminando otra vez la explanada.* ¿Eh? ¡Ah! Ya está aquí.

Sale Llama y se acerca a él. Se contemplan sin palabras unos instantes. Luego exclama ella:

LLAMA. Le agradezco a usted mucho que haya venido.

HUMBERTO. Pero ¿usted sabe quién soy yo?

LLAMA. No; no lo sé. Por eso lo agradezco tanto.

HUMBERTO. ¡Ah! ¿Por eso?

LLAMA. Sentía esta noche la ilusión de algo insólito; y como si respondiera a mi anhelo, llega usted. ¿No he de agradecer su llegada?

HUMBERTO. Ya entiendo. Pues empezaré por decirle quién soy.

LLAMA. ¡No! ¡No me lo diga usted... tan pronto!

HUMBERTO. ¿Por qué?

LLAMA. ¡Porque me afligiría saberlo ya! No rompa de súbito el cristal de este encanto: ¡el encanto de no conocernos!

HUMBERTO. Sea como usted quiere. No me descubriré en seguida; pero...

LLAMA. ¿Qué?

HUMBERTO. ¿Quién es usted, querrá decírmelo?

LLAMA. Ya lo irá usted averiguando.

HUMBERTO. Bien. Le diré entonces por lo que he venido.

LLAMA. Eso, sí. A escucharlo he bajado yo.

HUMBERTO. Mil gracias. Yo vivo...

LLAMA. ¡No me diga usted tampoco donde vive!

HUMBERTO. ¿Tampoco?

LLAMA. ¿No comprende que si me lo dice podría yo fácilmente, y sin pretenderlo, saber quién es usted? ¡Y eso es lo que no quiero! ¡No quiero saber quién es usted!

HUMBERTO. Temo mucho que con estas limitaciones... me va a ser muy difícil hablar.

LLAMA. Concrétese usted a contarme su cuento, por largo que sea. Yo no me he comprometido sino a oírlo. Vamos a ver: le ayudaré. Le ha movido a usted a venir aquí la luz de mi ventana.

HUMBERTO. Aun antes de saber que era suya.

LLAMA. Justo. ¿Por qué?

HUMBERTO. Porque desde la casa en donde vivo...
A un movimiento de ella. ¡En alguna casa he de vivir!...

LLAMA. ¡Claro! Pero no me la diga usted ahora.

HUMBERTO. Pues bien; desde la casa en donde vivo, en una altura, distante de aquí...—no puedo decir

menos—, me llamó la atención esa lucecita : la última que se apaga en estos contornos.

LLAMA. ¿La última siempre?

HUMBERTO. Desde que yo la observo, sí.

LLAMA. Siga usted.

HUMBERTO. En las noches claras, como la de hoy, desde mi casa se divisa la mancha blanca de esta casita, y la luz de esa silenciosa ventana, temblando como una pupila vigilante.

LLAMA. Siga usted. Lo oigo cautivada, sea quien fuere.

HUMBERTO. En las noches de azul profundo, de innúmeras estrellas, la luz parece una estrella más en el espacio.

LLAMA. ¡Una estrella más!

HUMBERTO. En las noches oscuras, cerradas, tenebrosas, la luz es como un misterio de las tinieblas.

LLAMA. ¡Oh! ¡Un misterio!... ¡Misterio!... ¡Mágica palabra para mí!... Yo esta noche, a esta hora, así quiero llamarme.

HUMBERTO. ¿Cómo?

LLAMA. Misterio. Acostumbro confirmarme a mí misma, para que el nombre exprese algo de cada hora mía que lo merezca.

HUMBERTO. ¿Sí? Pero, ¿su nombre...?

LLAMA. ¿Qué le importa? ¡Misterio! Llámeme Misterio.

HUMBERTO. Misterio; bien. ¡Misterio! Lo tiene esta noche; lo tiene este instante; lo tienen sus ojos para mí.

LLAMA. Siga, siga su cuento: verdad o ficción, sígalo.

HUMBERTO. ¡Verdad! No sé mentir.

LLAMA. ¡Qué lástima! Menos mal si miente sin saberlo.

HUMBERTO. Continúo. Yo, desde mi observatorio,

viendo noche a noche la lucecita, me preguntaba con curiosidad: ¿qué mano la enciende y la apaga? ¿A quién alumbró? ¿Qué placer o qué necesidad satisface? Si es alguien que estudia, ¿qué estudia? Si es un enamorado que escribe, ¿a quién escribe? Si un artista que crea, ¿qué es lo que crea? Si un enfermo que sufre, ¿no tendrá remedio su dolor? Y noches ha habido en que el sueño no ha venido a mis ojos hasta que he visto apagarse la lucecita.

LLAMA. A mí me hubiera sucedido lo mismo.

HUMBERTO. ¿Verdad?

LLAMA. Y habría forjado una novela.

HUMBERTO. Yo he preferido venir a investigar la realidad.

LLAMA. Yo nunca lo habría hecho. Amo el misterio sobre todo. El misterio en las cosas y en las personas. Lo que carece de misterio, ¿qué vale? Dar con la verdad es el desencanto.

HUMBERTO. No: ¡casi nunca!

LLAMA. Sí: ¡casi siempre!

HUMBERTO. Mi padre me repite mucho... ¿Me puedo referir a mi padre?

LLAMA. *Tras un silencio.* Sí.

HUMBERTO. Mi padre es un famoso astrónomo.

LLAMA. ¡Ah!

HUMBERTO. Más famoso en el extranjero que en España. Tiene la ardiente fe de los hombres de ciencia. Y en sus continuas especulaciones de los mundos celestes, ha llegado a la convicción de que el progreso es lento y difícil; pero me repite con frecuencia que cree que, corriendo los siglos, ha de haber una hora en que los hombres consigan saber de esos mundos que nos rodean y nos maravillan tanto como de este en que habitamos.

LLAMA. Quizá... No quiero discutirlo... Pero ¿sabrán nunca qué aliento, qué fuerza, qué amor o qué

designio los engendró? ¡Este gran misterio será eterno!

HUMBERTO. Y tal vez, sin embargo, en la certidumbre desesperada de que es impenetrable, reside el mayor estímulo de la ciencia.

LLAMA. ¡Cierto, cierto! ¡Esa es mi idea! ¡Ese es mi amor en todas las cosas! El misterio, que parece la sombra, engendra la luz. El misterio es el hechizo, es la curiosidad, es el acicate, es la fragancia... ¡Bendito sea el misterio! ¡No saber nunca, y querer penetrarlo siempre, adónde vamos ni de dónde venimos!...

HUMBERTO. ¡Oh! También he recibido yo de mi padre esa herencia espiritual de una sed insaciable en torno del misterio. La ciencia, a pesar de ello, es tenaz y no desmaya nunca; se equivoca, y retrocede y vuelve a empezar su camino o echa por otro; un pequeño descubrimiento, un feliz hallazgo, le infunde aliento para años, para siglos quizá. Desde niño se hallan mis ojos habituados al cristal de los telescopios, y he pasado innumerables horas de mi vida escudriñando en el infinito. Infeliz aprendiz de astrónomo, el más torpe discípulo de mi padre, aunque el más ferviente. . ¡Ay!... ¡Perdóneme usted!

LLAMA. ¿Qué he de perdonarle?

HUMBERTO. Que acabo de descubrirle a usted, sin querer, quién soy; lo que soy.

LLAMA. Así, no lo siento. Lo intolerable, por vulgar, habría sido presentarnos ridículamente al comienzo de nuestras palabras. Nada podía usted ser, además, que más me agrada y me encandile. Ya lo comprenderá por cuanto me ha oído. Ahora deseo vivamente ser su amiga; acompañar a usted en sus estudios; verlo iluminarse; verlo vacilar; escucharlo... ¿Se atreve a tomarme por discípula?

HUMBERTO. ¿Qué dice usted? Yo no puedo ser todavía maestro de nadie.

LLAMA. Mío, sí. ¡No me niegue usted esta gracia!

HUMBERTO. Poco podrá aprender en mi compañía.

LLAMA. Poco o mucho, me veré acompañada de un alma que sabe elevarse... volar...

HUMBERTO. Por lo menos, que lo pretende. Y acaso la nueva compañera dé más fuerzas a mis pobres alas.

LLAMA. ¡Lastre en su vuelo no ha de ser, de seguro!

HUMBERTO. ¡De seguro que no! Y ¿podrá saber ya el aprendiz de astrónomo quién es su inesperada discípula?

LLAMA. ¡Oh! Comúnmente se la conoce por Llama...

HUMBERTO. ¿Por Llama? ¡Singular nombre es ése!

LLAMA. Si no fuera singular, yo no lo llevaría.

HUMBERTO. ¡Es tan bello como su dueña!

LLAMA. Su dueña no es bella, ni lo necesita. La embellece, si acaso, la noche, esta noche, esta peregrina ocasión, el reflejo del alma de usted, exaltada...

HUMBERTO. No sin misterio me atrajo a mí la luz de su ventana. No sin misterio bajé al camino, llegué ante esta casita y cedió la verja a mi impulso. ¡Había aquí una vida que me llamaba!

LLAMA. ¡Una vida!... ¡Mi vida!... ¡De mi vida sabrás siempre, maestro, menos que de algunas estrellas! ¡Mi vida!... Yo misma la cambio a mi gusto y capricho, como mi nombre. Me complazco en desfigurarla. ¿Quién no ha sido alguna vez un poco noveletero, e inventó soñando los mejores capítulos de su existencia? Yo lo soy, ahora y siempre. Me burlo de mi propio destino; niego lo que es verdad; callo y escondo lo que me avergüenza o me desplace; idealizo

zo, invento, sueño con originales aventuras, con instantes incomprensibles y sólo míos... Soy mujer que a veces necesita fundirse en el torbellino de París, en el estruendo de Nueva York, y se pierde en ellos con deleite. También soy mujer que se sienta horas enteras en la soledad de una roca, oyendo al mar y mirando al cielo: el misterio que habla... y el misterio que escucha.

HUMBERTO. *Subyugado, repite estas palabras. ¡El misterio que habla... y el misterio que escucha!...*

LLAMA. ¿No es así?

HUMBERTO. Así es.

LLAMA. Por eso esta noche, maestro...

HUMBERTO. Esta noche, discípula...

LLAMA. Esta noche...

HUMBERTO. ¿Qué?

LLAMA. ¿Qué?

El telón, que empieza a descender lentamente cuando él repite las palabras relativas al cielo y al mar, cae del todo sobre estas últimas interrogaciones.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero. Es a media tarde.

Sale de la casa Don José Mari, con boina y cayada. La voz de Llama, que le habla desde su ventanita, lo detiene.

LLAMA. ¡Don José Mari!

DON JOSÉ MARI. ¿Eh? ¡Hola, Llama! La hacía a usted por ahí. ¡Está tan hermosa la tarde!...

LLAMA. Me iré dentro de un rato.

DON JOSÉ MARI. Yo me voy ya. En estos días precursores del otoño es cuando gozo más por esos cariñosos campos.

LLAMA. Estaba por acompañarlo a usted.

DON JOSÉ MARI. Sería mucha suerte para mí.

LLAMA. ¡Qué galante! ¿Hacia dónde irá?

DON JOSÉ MARI. Si usted me acompañase... iría hacia donde usted me llevara.

LLAMA. Yo sé bien que usted prefiere ir solo.

DON JOSÉ MARI. No voy nunca solo, amiga mía. Voy siempre acompañado... aunque no lo parezca. Pero la compañía... no lo sabe.

LLAMA. ¿No lo sabe?

DON JOSÉ MARI. Seguramente, no... ¿Se decide usted?

LLAMA. No; la verdad: usted había pensado su paseíto sin compañía visible. Otra tarde será.

DON JOSÉ MARI. Le tomo la palabra.

LLAMA. No se aleje usted mucho, que luego se asustan su hermana y su sobrina.

DON JOSÉ MARI. Por mi, no. Saben que soy prudente. Hasta luego. *Sigue su camino.*

LLAMA. Hasta luego. *Reflexivamente, viéndolo ir.* ¡Este santo varón!... ¿Quién podía imaginarlo? Yo nada hice que... ¡Ya se le pasará! *Mirando de pronto hacia la izquierda y llamando.* ¡Tú! ¡Pinpilinpauxa! *Sale ésta.* ¡Mariposa!

PINPILINPAUXA. Señorita.

LLAMA. ¿Qué visita hay en casa?

PINPILINPAUXA. El señor de *Mariacho-Enea.*

LLAMA. ¡Ah! ¡Don Cándido! ¡Mi perseguidor! Pues espera, que bajo a decirte... *Retírase.*

PINPILINPAUXA. Sí, señorita. Simpática.

Como llamado con reclamo acude Miguelecho por la derecha.

MIGUELECHO. ¡Pinpilinpauxa!

PINPILINPAUXA. No te aserques ahora. Señorita viene.

MIGUELECHO. Desirte quería. A propósito. Ya sé adonde va por las noches.

PINPILINPAUXA. ¿Sabes?

MIGUELECHO. Anoche seguí tras ella un rato. Como tú no saliste, yo aproveché. Paso a paso, tras ella, vi todo.

PINPILINPAUXA. ¿Qué viste?

MIGUELECHO. Novio quisá... o así. Él esperaba. Marcharon juntos. Mucho hablar, mucho hablar. Alegría grande. Vi todo.

PINPILINPAUXA. Calla ahora.

MIGUELECHO. ¿Sale señorita?

PINPILINPAUXA. Sí.

Aparece Llama, con su pergeño de capa y boina, y le dice a Miguelecho, que va a marcharse:

LLAMA. ¡No te vayas, Miguelecho, no!

MIGUELECHO. ¿Cómo?

LLAMA. Que no te vayas.

MIGUELECHO. Mándeme, señorita. Ahora no hablábamos vasco, no piense. Riñe la señora. Español para todo.

LLAMA. Ya, ya lo sé. *A Pinpilinpauxa.* Escúchame tú. Esta noche, probablemente, volveré muy tarde.

PINPILINPAUXA. Bueno.

LLAMA. No cierres la verja cuando tú vuelvas de hablar con Miguelecho, y acuéstate.

PINPILINPAUXA. Aguardo, mejor.

LLAMA. ¿Y si vengo cerca del día?

MIGUELECHO. ¡Mejor! Yo acompañaré.

LLAMA. ¡Ah! En ese caso... sí es mejor.

MIGUELECHO. Y ¿no tiene miedo, señorita, sola por los campos?

LLAMA. ¡Ninguno! ¡Miedo! ¡miedo! ¿Qué es miedo? Además, alguna noche, ya hay quien va a mi cuidado detrás de mí.

MIGUELECHO. ¿Perro?

LLAMA. No; hombre.

MIGUELECHO. *Abochornado.* ¿Me vió anoche quisá, señorita?

LLAMA. ¿No había de verte?

PINPILINPAUXA. ¡Por curioso! ¡Más curioso es! ¡Es muy curioso!

MIGUELECHO. No; curiosidá, no. Llevaba camino...

LLAMA. Ya, ya.

MIGUELECHO. Con permiso, señorita. Voy a bajar.

LLAMA. Anda con Dios. Y ten cuidado no te sigan a ti alguna noche.

PINPILINPAUXA. ¡Y no sea yo!

MIGUELECHO. ¡Al revés, no diría! *Márchase.*

PINPILINPAUXA. ¡Más curioso es!...

LLAMA. *Viendo a Don Cándido, que en este momento sale de la casa para irse a la suya.* ¡Oh! *A Pinpilinpauxa, con disimulo.* Dime, profesora: ¿cómo es amor en vasco?

PINPILINPAUXA. ¿Amor?

LLAMA. Amor, sí.

PINPILINPAUXA. *Maitetasuna.*

LLAMA. ¡*Maitetasuna!* ¡Qué largo es el amor en tu lengua! ¡Se me va a olvidar! ¿*Mai...?*

PINPILINPAUXA. *Maitetasuna.*

LLAMA. ¡Se me va a olvidar! ¿Y sueño, cómo es?

PINPILINPAUXA. ¿Sueño? *Loa.*

LLAMA. Eso es más sencillo. ¡*Loa!* Me gusta, me gusta. ¿Y boca; cómo se dice boca?

PINPILINPAUXA. "*Aua*".

LLAMA. ¿Agua?

PINPILINPAUXA. "*Aua*".

DON CÁNDIDO. *Interrumpiendo el diálogo.* ¿Lec-ción de eúscaro?

LLAMA. ¡Ah! ¡Señor Don Cándido!... ¿De dónde sale usted?

DON CÁNDIDO. De echar un rato de parleta con mis buenas amigas.

LLAMA. No sabía yo que estuviera usted en la casa. Pues sí, ya ve usted: daba mi clase de vascuence.

DON CÁNDIDO. ¡Gentil profesora! ¿Podría yo matricularme también?

LLAMA. No se admiten varones en esta clase. ¿Ha oído usted cómo se dice boca?

DON CÁNDIDO. ¿Agua, no?

PINPILINPAUXA. "*Aua*".

DON CÁNDIDO. Es decir que a las naturales de este país no se les hace la boca agua: ¡la tienen ya hecha!

LLAMA. *Aplaudiéndolo burlescamente.* ¡Mucho, mucho, señor Don Cándido!...

DON CÁNDIDO. Ya podría yo llamarle al agua de usted... agua de rosas.

LLAMA. ¡Mucho, mucho!... *A Pinpilinpauxa.* ¿Cómo se dice mucho?

PINPILINPAUXA. *Asko.*

LLAMA. *Aplaudiendo a Don Cándido nuevamente.* ¡*Asko, asko!*... Puedes retirarte, profesora.

PINPILINPAUXA. Bien, señorita. A ver si no olvidas: *maitetasuna.* *Vase por la izquierda.*

DON CÁNDIDO. ¿Cómo ha dicho?

LLAMA. *Maitetasuna.*

DON CÁNDIDO. Y ¿qué es eso?

LLAMA. El amor, Don Cándido.

DON CÁNDIDO. ¡Ah, el amor! No hay quien lo sospeche, en verdad.

LLAMA. *Despidiéndose de él.* Amigo mío...

DON CÁNDIDO. ¿Se marcha?

LLAMA. Sí. "*J'ai un tas de choses à faire*"...

DON CÁNDIDO. "*Oh, là, là!*"

LLAMA. Voy a Hendaya en el *topo.* ¿Quiere usted que le pase un impermeable?

DON CÁNDIDO. No sea usted bromista. Me hacía ahora la ilusión de reanudar con usted la parleta.

LLAMA. ¿La ilusión? ¿A tanto llega su deseo?

DON CÁNDIDO. La conversación de usted es miel para mí.

LLAMA. ¿Nada menos que miel?

DON CÁNDIDO. ¡Miel!

LLAMA. Pues no seré yo quien se la niegue. Le concedo unas cucharaditas.

DON CÁNDIDO. ¡Oh!

LLAMA. *Sentándose.* Un cuartito de hora. Sin malicia, ¿eh? que usted es terrible.

DON CÁNDIDO. ¡Terrible yo! *Creyéndoselo un poco, y adoptando una actitud donjuanesca.* ¿Se llama usted hoy como ayer?

LLAMA. Estos quince minutos me llamaré como usted guste.

DON CÁNDIDO. A mí me falta imaginación para confirmarla, gentil Novelera. ¡Usa usted siempre nombres tan sublimes!... Y yo soy un ser apegado a las divinas miserias terrenales.

LLAMA. ¡Pues llámeme usted entonces Canuta!

DON CÁNDIDO. ¡Canuta, no! ¡No tanto, no tanto... no tan terrenal!...

LLAMA. Vaya, me quedaré con el más corriente: Llama.

DON CÁNDIDO. ¿Es el suyo de pila?

LLAMA. ¿A usted qué le importa, señor?

DON CÁNDIDO. Pero ¿qué especie de voluptuosidad es esta suya de hacerse la ignorada, la incógnita?

LLAMA. ¡Ay, Telesforo!

DON CÁNDIDO. ¿Cómo Telesforo?

LLAMA. ¡Estoy harta ya de decirle a usted Cándido!

DON CÁNDIDO. ¡Pero ha podido usted confirmarme más poéticamente!

LLAMA. ¡A un individuo tan apegado a la corteza terrestre como usted, no era cosa de llamarle... Saturno!

DON CÁNDIDO. Bien, bien: tiene usted la rara habilidad de desviar el discurso a su antojo.

LLAMA. No, no, no: iba a decirle a usted, querido

amigo, que el mayor encanto de nuestra vida es desconocernos... para poder soñar.

DON CÁNDIDO. ¡Brava tesis!

LLAMA. El desconocimiento es el misterio, y el misterio es la gracia suprema. En todo, en todo. Un crimen, por ejemplo, solo apasiona e interesa hasta que la verdad se descubre.

DON CÁNDIDO. Eso, sí.

LLAMA. ¡Y un suicidio, igual! ¿Por qué se ha matado esa mujer o ese hombre? ¿Por amor, por celos, por ambición, por algún ideal? Se averigua la causa, es algo trivial o mezquino, y nos olvidamos desdeñosamente del muerto. Si usted se suicida algún día, no se le ocurra dejar ninguna carta a nadie. ¡Que se den de calabazadas policías y jueces!

DON CÁNDIDO. Muchas gracias por el consejo; ¡pero no se me pasa por las mientes el suicidarme! ¡Qué horror!

LLAMA. Ya me lo figuro. ¡Un hombre que duerme tan bien... que digiere tan bien!... ¿A que no sabe usted las personas a quienes yo más detesto?

DON CÁNDIDO. ¿A quienes?

LLAMA. A los policías.

DON CÁNDIDO. ¿A los policías? ¡Hola!

LLAMA. Sí; pero no se me pique usted. Mi tema es a los profesionales; a los legítimos; no a los oficiosos u honorarios, como usted en este momento.

DON CÁNDIDO. ¿Yo? ¿Policía honorario yo?

LLAMA. Sí, señor; no se haga usted el tonto. ¡Y doña Melchora es el Director de Seguridad!

DON CÁNDIDO. ¡Ja, ja, ja! ¡La buena señora!... Vamos a ver: y ¿por qué odia usted tanto... a la clase?

LLAMA. ¡Porque su profesión pugna con mis ideas! ¡Está bien claro! ¡No tienen otra cosa que

hacer que registrarlo y descubrirlo todo! ¡Qué misión más desagradable!

DON CÁNDIDO. *Apelando al Cristo.* ¿Y si yo le dijese a usted, seductora amiga, que no soy tal; que soy algo más que eso; que he tenido a dicha la feliz casualidad de encontrarla aquí... porque la vi una vez y no la he olvidado?

LLAMA. ¿Eh? ¡Esas son palabras mayores! ¿Dónde me vió usted, interesante amigo?

DON CÁNDIDO. Fíjese un poco en mí, aunque sea para martirio de sus ojos... y haga memoria. ¿En París, en Barcelona, en Valencia...?

LLAMA. ¡Ah! ¿En Valencia acaso?

DON CÁNDIDO. ¿Acaso? ¡Y sin acaso! ¡En Valencia, la de la huerta florida!

LLAMA. ¡Qué diablo! ¡Me ha conocido usted en una ciudad española donde no he estado nunca!

DON CÁNDIDO. *Tragando saliva.* ¡Nunca, dice!... Por supuesto, esperaba la chanza.

LLAMA. *Muerta de risa.* ¿Qué había usted de esperar?

DON CÁNDIDO. La esperase o no, allí la vi a usted por vez primera.

LLAMA. Habrá sido en una existencia anterior. ¿Quién nos asegura que no hayamos vivido otra vida antes de la presente?

DON CÁNDIDO. ¿Vuelta al misterio, a la interrogación? ¿Vuelta a las nieblas de la burla?

LLAMA. *Levantándose.* Pero, ¿de veras le intereso a usted algo? ¿De veras desea conocer rincones de mi vida?

DON CÁNDIDO. Y ¿usted me lo pregunta?

LLAMA. Pues el día que usted quiera—no aquí: en el campo libre, sin testigos—le contaré cuanto pueda importarle: desde que vine al mundo; desde que tuve uso de razón: travesuras de la niñez, melancolías

de la adolescencia, amores, riesgos, amenazas, caídas, victorias, ilusiones... ¡Todo! ¿Qué quiere decir todo? ¡Me llevaré hablando con usted cuatro horas seguidas... y no le diré una palabra de verdad! ¡Mire usted que es difícil!

Don Cándido, que ya sonreía triunfador, cuando aún no había hecho más que asomar el Cristo, se pone repentinamente serio, y le dice:

DON CÁNDIDO. Pues, aunque sea así, aunque haya usted derivado a esta última broma, acepto esperanzado la confidencia.

LLAMA. Y yo le ofrezco a usted no retardarla. Pero ahora ya me voy, que me esperan en otra parte. Adiós, mi amigo Cándido. Note que le suprimo el don.

DON CÁNDIDO. Cándido, sí.

LLAMA. Cándido... o el optimismo.

DON CÁNDIDO. Adiós... Llama... ¡Llama del infierno!

LLAMA. *Au revoir.*—*Vase rápidamente por la derecha.*

DON CÁNDIDO. *Paladeando a pesar suyo el terrible acíbar de la plancha.* ¡Es un caso! ¡Vaya si es un caso!

Doña Melchora, que sale de la casa, se sorprende de verlo allí.

DOÑA MELCHORA. ¿Qué es eso? ¿Usted por aquí todavía?

DON CÁNDIDO. ¡Es un caso!

DOÑA MELCHORA. ¿Quién?

DON CÁNDIDO. ¡La huésped! ¡Ella me ha detenido! Y voy a seguirla cautelosamente.

DOÑA MELCHORA. ¡Ya! ¿Sacó usted el Cristo?

DON CÁNDIDO. Nada más que los pies. Hasta la noche.

DOÑA MELCHORA. Hasta cuando usted quiera.

DON CÁNDIDO. ¡Es un caso! *Vase en seguimien-
to de Llama.*

DOÑA MELCHORA. Ha resultado todavía más ton-
to de lo que pensaba José Mari. ¡También es un
caso!

*Viene Prisca del interior de la casa, con dos libros.
La domina una nerviosa excitación.*

PRISCA. ¿Quién estaba aquí con usted?

DOÑA MELCHORA. El vecino. Hasta ahora se nos
ha entretenido con la dama. Y se va detrás de ella.

PRISCA. ¡Naturalmente! ¡A lo que estamos, tuer-
ta! ¡Ha averiguado algo?

DOÑA MELCHORA. Por las señas, ni pizca. Y eso
que ya empieza a sacar su Cristo.

PRISCA. Lo que es ése, aunque saque todos los
personajes de la Pasión...

DOÑA MELCHORA. ¿Qué te ocurre a tí?

PRISCA. ¡Que ya no necesitamos para nada ni de
Don Cándido ni de nadie! Mire usted.

DOÑA MELCHORA. ¿Qué es eso?

PRISCA. Dos libros suyos.

DOÑA MELCHORA. ¿De quién?

PRISCA. De la pájara. De su puño y letra. Las pa-
parruchas que escribe a deshora.

DOÑA MELCHORA. Y ¿cómo has podido tú co-
gerlos?

PRISCA. Porque, por primera vez desde que está
aquí, se ha dejado puesta la llavecita en el escritorio
de caoba, donde guarda todos sus secretos.

DOÑA MELCHORA. ¡Santísima Virgen! Y ¿tú te
has atrevido a violar...? ¡Ahora mismo subes y dejas
esos libros donde estaban!

PRISCA. ¡Por Dios, tía! No se asuste usted demasiado. El fin justifica los medios. Tenemos en casa una mujer enredadora, peligrosa quizá, de quien sabemos menos cada día.

DOÑA MELCHORA. ¡De todos modos! No, niña, esto, no. Con mi consentimiento, no. Llévate esos libros.

PRISCA. *Sin obedecerla, y leyendo en la cubierta de uno de ellos.* Aquí dice: "Mi diario. Diario de la verdad".

DOÑA MELCHORA. ¿Ves? ¡No leas ni una línea! No sigas adelante. Es una violación el hacerlo; es un pecado. Un diario es la confesión de un alma a solas... acaso con Dios. Llévate esos libros.

PRISCA. ¡Mi madre!

DOÑA MELCHORA. ¿Qué?

PRISCA. ¡Mi madre! Oiga usted, tía.

DOÑA MELCHORA. Pero ¿cómo voy a decirte...?

PRISCA. No tema usted nada. Yo luego se lo confieso al cura y acepto la penitencia que me imponga. ¡Aunque me mande ir descalza a los Pirineos! Oiga usted. *Leyendo en el Diario.* "Lunes, 25. Vengo de la Luna."

DOÑA MELCHORA. ¿Eh?

PRISCA. "Vengo de la Luna. Vengo del astro del silencio. Más bien traigo tristeza que asombro. Sin embargo, por entre sus yertas escarpaduras, por cima de sus mares secos, yo he creído ver cruzar un ave. El maestro ha sonreído a mis palabras, y me ha dicho que mis ojos deliran también como mi frente."

DOÑA MELCHORA. ¿El maestro?

PRISCA. Sí; el maestro: ¡uno! Masculino. ¡El maestro!

DOÑA MELCHORA. *Angustiada.* ¡Por Dios, Prisca, obedéceme, si no quieres que yo me vaya! Este li-

bro nos va a perturbar más que a tranquilizarnos. Déjalo donde lo cogiste.

PRISCA. Ya nos entenderemos con Dios, que es el que lo ha puesto en mis manos, tía. *Lee.* “Martes, 26. Si me vieran salir por las noches, cuando duermen todos...”

DOÑA MELCHORA. ¡Jesús mío!

PRISCA. “...Sigilosamente, como una sombra criminal, me tomarían por una vulgar aventurera; y, no obstante, voy a vivir unas horas divinas, de grandiosa embriaguez, en el espacio infinito, insondable...”

DOÑA MELCHORA. ¡Sale de casa durante nuestro sueño! ¡Qué escándalo!

PRISCA. Ya lo oye usted. ¡Y tan fresca! ¡Viene de la Luna!

DOÑA MELCHORA. ¡Sea como sea, yo, por este procedimiento ilícito, no quiero enterarme de nada!

PRISCA. *Siguiendo la lectura.* “Esta noche he llorado en presencia de él. ¿Era la emoción del eterno enigma, del arcano celeste, o la voz humana del maestro, temblorosa y turbada, la que me hizo llorar? ¿Qué imán invisible nos acerca? ¿Qué ley de atracción nos impulsa?”

DOÑA MELCHORA. ¡No quiero, no quiero oírte, sobrina!

PRISCA. El maestro... la voz temblorosa y turbada... ley de atracción... imán invisible... ¡Ya cayó un astrónomo!

DOÑA MELCHORA. ¡Que no quiero oírte! ¡Harás que me enfade contigo! ¿Quién viene?

PRISCA. ¡Nadie! Serénele usted. Los criados están todos ahora en la cocina con Salaverría. *Volviendo al Diario.* “Hoy he tenido una gran sorpresa”. ¿A ver? “He recibido, al cabo de dos años largos, carta de Darío Candiani, aquel oficial marino del *Morsamor*. ¡Qué grata sacudida espiritual es volver a sa-

ber de quien habíamos olvidado!... ¡Darío Candiani! ¡Otro enamorado! ¡Uno más!... ¡Cuántos! ¡cuántos!...” ¿Eh, qué tal? “Pero ¿habrían seguido siéndolo si hubieran sabido?...”

DOÑA MELCHORA. ¿Qué?

PRISCA. ¿Qué? Mire usted: puntos suspensivos... “...si hubieran sabido...” ¿Cómo será ello cuando ni aquí lo escribe?

DOÑA MELCHORA. ¡Basta ya, sobrina!

PRISCA. “Quiere verme. Me busca y quiere verme. ¿Para qué? Me sobra con mis desatinos. No he conocido un hombre que más ciegamente se creyera lo que inventaba. E inventaba para fascinarme, conociendo mi genio. ¡Cuánto hablábamos los dos de la muerte; del más allá atormentador e impenetrable!” ¡Pues como nos salga también espiritista, va a ser un remate de veraneo!

DOÑA MELCHORA. ¡Jesús! ¡Jesús!

PRISCA. *Atenta a lo suyo y muy alborotada de nuevo.* ¡Ah!

DOÑA MELCHORA. ¿Qué?

PRISCA. ¡Ah!

DOÑA MELCHORA. ¿Qué muchacha? ¡No me alarmes más de lo que estoy!

PRISCA. ¡Aquí entra la verdad de la historia! “Hastada de París, he aceptado el ofrecimiento que me hizo en el barco aquel santo varón...” ¡Estamos en lo mejor de la pista!

DOÑA MELCHORA. ¡Ay, ay, ay!...

PRISCA. “Necesita mi espíritu días de serenidad, de calma, de reposo, de hogar tranquilo y honrado, si es que eso existe.”

DOÑA MELCHORA. A lo mejor parece una mujer razonable.

PRISCA. Escuche usted, escuche esto. “El santo varón se turba en mi presencia, y sus ojos me buscan

cuando no lo miran los míos y me huyen cuando lo miro yo." ; Más claro, el agua! ; Está enamorado de ella el tío José Mari!

DOÑA MELCHORA. Sobrina, eso lo ve cualquiera: ; hasta Don Cándido!

PRISCA. "Me iré." ; Me iré dice, tía! Pero ya sabe usted que no hay que creerla. "Me iré. No quiero producirles a estas almas blancas sino la inocente tribulación de mis disparates." ¿Ha oído usted? ; Es que nos está tomando el pelo!

DOÑA MELCHORA. ¿Almas blancas, nos llama?

PRISCA. Sí, señora: ; tontas de capirote!

DOÑA MELCHORA. Bien, bien está, y Dios nos perdone lo hecho. Deja ya esos libros.

PRISCA. Ahora mismo, tía. Y cuidado que yo quisiera dar...

DOÑA MELCHORA. ; Deja, deja!...

PRISCA. ; A ver en este otro!

DOÑA MELCHORA. ; Prisca, que vas a condenarte!

PRISCA. No me importa. Cuando me condene yo, ¿dónde estará ya ella? *Leyendo en el otro libro y dando un grito.* ; Ay!

DOÑA MELCHORA. *Sobresaltadísima.* ¿Qué?

PRISCA. ; Nuestro Padre Jesús nos valga!

DOÑA MELCHORA. ; Bueno, a la noche hay que llamar al médico!

PRISCA. Ahí va esta bomba, tía. *Lee.* "El hombre oscuro me persigue, me acosa. Sus ojos relucen, como llamas que amenazan carbonizarme, en las tinieblas de mi sueño. ¿Qué fosforescencia fatídica despiden sus pupilas verdes?" ; Tía, yo tengo los pelos de punta!

DOÑA MELCHORA. ; Yo, también! No leas más.

PRISCA. *Sin poder dominarse.* "Le huyo y lo deseo; no me llama, y lo oigo; tiemblo en su presencia de pavora y de amor. ¿Qué hombre es éste? Cuando

mira a otra mujer me enloquecen los celos. ¿Llegaré hasta el crimen?" ¡ San Pedro me acuda!

DOÑA MELCHORA. ¡ Hasta el crimen! ¿ Ves, Prisca, ves?

PRISCA. ¡ Y me alegro de haberlo visto! Pero estoy helada. Yo también parece que vengo de la Luna.

DOÑA MELCHORA. ¿ Ese es otro Diario?

PRISCA. Sí, otro Diario. Aquí lo dice. "Mi libro. En estas páginas escribiré las cosas bellas que no me han pasado en la vida, pero que han debido pasarme." ¿ Le parece a usted la retergrandísima embustera?

DOÑA MELCHORA. ¡ Qué susto nos ha dado! ¡ Es decir que cuando no tiene a quien contarle sus bolas, se las cuenta ella misma! ¡ Vamos, vamos! ¡ Quita ya de mi vista esos libros, que me figuro que van a arder de un momento a otro!

PRISCA. Los dejaré tal cual estaban. No advertiré nada la individua. Y bajo en seguida a que hablemos. Hay que tomar una resolución. Almas blancas, bueno, ¡ pero no tanto! *Éntrase corriendo en la casa.*

DOÑA MELCHORA. Sí, sí; hay que pensar en serio en el asunto. No es prudente que siga esta mujer aquí. ¡ Ha embaucado al simple de José Mari!...

Por la izquierda llega Salaverría.

SALAVERRÍA. Buenas tardes, señora.

DOÑA MELCHORA. Buenas tardes, Salaverría. ¿ Qué nos ha traído usted?

SALAVERRÍA. Dos pollos grandes, grandes. A bulto, dos águilas.

DOÑA MELCHORA. ¿ Dos águilas? Luego les quitarán las plumas y se quedarán en gorriones.

SALAVERRÍA. No, señora, no. Son bien grandes. Si me los atropella automóvil, pido mil pesetas.

DOÑA MELCHORA. Nosotras le daremos a usted algo menos.

SALAVERRÍA. Como si no quieren dar nada. Regalo yo con mucho gusto.

DOÑA MELCHORA. Gracias, Salaverría.

SALAVERRÍA. Pero vaya, vaya, señora, al mercado de Irún. Verá qué presios. Pollos, gallinas, por las nubes.

DOÑA MELCHORA. ¡Primera vez que vuelan tan alto!

Vuelve Prisca. Trae dos sombrillas, una de las cuales le da a Doña Melchora.

PRISCA. ¿Nos iremos a pasear un poco? ¡Ah, Salaverría!

SALAVERRÍA. Señorita. Tan guapa siempre.

PRISCA. Regular.

SALAVERRÍA. Hoy un poco pálida. ¿Qué es eso? ¿Bilis?

PRISCA. Quizá sea bilis, sí.

SALAVERRÍA. Malas son. Yo también padesco. Curo con sidra.

PRISCA. Sí: es la panacea de usted para todo. Óigame.

SALAVERRÍA. Mande, señorita.

PRISCA. Quería preguntarle... Sobre esa casita del monte que administra usted...

SALAVERRÍA. ¡Ah! *Atsegina*.

PRISCA. No sé cómo se llama. Esa tan alta, de las maderas pintadas de verde...

SALAVERRÍA. *Atsegina*, sí. Alegría, dise.

PRISCA. Una amiga mía de Madrid, por recomendación del médico, quiere pasar una temporada en la altura...

SALAVERRÍA. Bien alta está ésa. Más alta no hay por aquí.

PRISCA. ¿Renta mucho?

SALAVERRÍA. Mucho, no. Ni poco. Pero está alquilada.

PRISCA. ¡Qué pena! ¿Quién la ha alquilado?

SALAVERRÍA. Inquilino nuevo. Caballero solo. Ni su nombre *no sé*. Vamos, no recuerdo. Tipo raro.

PRISCA. ¿Ah, sí?

SALAVERRÍA. El día pasa en Fransiá. Coge auto-móvil pequeño que tiene, y se va. De noche vuelve.

PRISCA. ¡Qué extraño! ¡Alquilar una casa así sólo para pasar las noches!...

SALAVERRÍA. Es que es *astronómico*.

PRISCA. *Viendo el cielo abierto*. ¿Cómo?

SALAVERRÍA. De estos chiflados que miran siempre estrellas y luna con anteojos.

Doña Melchora y Prisca cruzan una mirada de inteligencia.

DOÑA MELCHORA. ¿Qué nos cuenta usted?

SALAVERRÍA. Yo sé por criado. Suiso. Respeta mucho su señor. Ha hecho, parese, instalación importante de aparato grande. ¿Cómo llama?

PRISCA. ¿Telescopio?

SALAVERRÍA. Telescopio, eso es. Antejo grande.

PRISCA. ¡Ya está! ¡Ya está!

SALAVERRÍA. Buen humor, señorita. Pasar noches de vela, mirando selestes, a ver si hay arriba, en estrellas, gente o no hay. ¡Buen humor! ¡Como si no sobrara gente abajo, para preocuparse de arriba!

PRISCA. Puede que a alguien de abajo le preocupe él también.

SALAVERRÍA. No creo, señorita. Hombre solo. Si *tendría* mujer, cuñadas, cuatro chicos, vacas, gallinas, como tengo yo, no pensaría en más gente. Ni miraría tanto a lo alto. En fin, ¡buen humor!

- DOÑA MELCHORA. No lo tiene usted malo.
 SALAVERRÍA. Tesoro del pobre, señora.
 DOÑA MELCHORA. Dice usted bien. Del pobre...
 y del rico.
 SALAVERRÍA. ¿Otra cosa más, señorita?
 PRISCA. No, nada más. Vaya usted con Dios.
 SALAVERRÍA. Buenas tardes.
 DOÑA MELCHORA. Adiós, Salaverría.
Vase éste por la izquierda.
 PRISCA. ¡Verde y con asas!...
 DOÑA MELCHORA. Sí, hija, sí. ¡Blanco y miga-
 do!...
 PRISCA. Ande usted; vámonos a tomar el aire.
 Por ahí charlaremos y combinaremos nuestro plan.
 DOÑA MELCHORA. Ahí viene tu tío.
 PRISCA. Pues a él, todavía, ni una palabra.
 DOÑA MELCHORA. Ni una palabra. ¡Y lo del *Diario*
 mucho menos!
 PRISCA. ¡Nos excomulga!
Se van por la derecha.

Un momento después se oye a Don José Mari decir:
 DON JOSÉ MARI. Descansaré un rato, y os iré a
 buscar a casa de los Castro Rey. Hasta luego. *Aparece a poco. Avanza despacio en la explanada. Sus ojos se alzan para mirar a la ventanita de la enredadera.*
 No, no está; de seguro. Cuando ésas se marchan tan tranquilas dejándome aquí, es que no está ella. *Pausa.* Debí insistir antes en que me acompañara... *Sentándose, con desilusión y cansancio.* Y ¿para qué? ¡Ay! ¡Tarde llega a mi esta ternura!... ¡Volver a empezar la vida... y encontrarla! *Queda pensativo.*
Un poco desatalelado irrumpe luego por la derecha en

el jardín el aprendiz astrónomo, sacando de su ensimismamiento a Don José Mari, que se levanta al verlo. ¿Eh?

HUMBERTO. *Sorprendido a su vez.* Dispense, caballero.

DON JOSÉ MARI. No tengo el gusto... ¿En qué puedo servirle?

HUMBERTO. ¿Es aquí...? ¿La... la señorita Llama?...

DON JOSÉ MARI. *Repentinamente acometido de extraña inquietud.* No está.

HUMBERTO. *También inquieto, mas por otras razones.* ¿No está?

DON JOSÉ MARI. No, señor; ha salido.

HUMBERTO. ¿Usted sabe si volverá?

DON JOSÉ MARI. ¡Claro que sí!

HUMBERTO. ¿Lo sabe usted?

DON JOSÉ MARI. Nada nos ha dicho que haga pensar en otra cosa.

HUMBERTO. ¡Ya!

DON JOSÉ MARI. Pero... lo encuentro a usted como temeroso...

HUMBERTO. Y lo estoy.

DON JOSÉ MARI. *Sobresaltado.* ¿Eh? ¿Usted es... muy amigo de ella?

HUMBERTO. Sí, señor; de poco tiempo, pero muy su amigo.

DON JOSÉ MARI. *Mirándolo, con sombra de celos.* Muy su amigo...

HUMBERTO. Y anoche, al despedirse de mi, me dijo unas palabras...

DON JOSÉ MARI. ¿Anoche?

HUMBERTO. Anoche, sí. Por el momento no me hicieron pensar; pero hoy... inopinadamente, hace un rato... han empezado a desconcertarme... a preocuparme...

DON JOSÉ MARI. ¿Pues?

HUMBERTO. Como esta mujer es tan peregrina en sus cosas... y se diría que busca siempre a sus acciones una rara originalidad...

DON JOSÉ MARI. Cierto; muy cierto.

HUMBERTO. Interpretando yo aquellas palabras, he llegado a temer una huída... una desaparición imprevista.

DON JOSÉ MARI. ¡No!

HUMBERTO. Una marcha definitiva de éstos lugares; una fuga...

DON JOSÉ MARI. ¡No, no!

HUMBERTO. ¿Usted cree que no?

DON JOSÉ MARI. No. Lo hubiéramos vislumbrado en casa; yo lo habría adivinado.

HUMBERTO. ¿Usted?

DON JOSÉ MARI. Yo, sí, señor. Me precio de ello.

HUMBERTO. Entonces... ¿está usted seguro de que yo me engaño; de que carecen de fundamento mis temores?

DON JOSÉ MARI. Seguro... tanto como seguro... *Con súbita alegría.* ¡Seguro, sí; porque mire usted dónde aparece ella para confirmármelo!

HUMBERTO. ¡Ah!

DON JOSÉ MARI. ¿La ve usted?

Un instante miran los dos hacia la derecha, por donde luego llega Llama, alborotadora y radiante.

HUMBERTO. Discúlpeme, señor... Soy un poco insensato...

DON JOSÉ MARI. ¡Por Dios!

HUMBERTO. He entrado en su casa de usted de un modo...

DON JOSÉ MARI. Sus temores lo explican y lo disculpan... Siéntese usted, si quiere...

HUMBERTO. Gracias. Debo marcharme...

LLAMA. *Apareciendo.* Pero ¿qué veo? ¿Qué no-

vedad es esta? ¿Tú por aquí de día? ¿Y en esta casa? ¡Ay, Don José Mari, tengo la cabeza más loca que tiene mujer! A mitad de camino he notado la falta de la llavecita de mi escritorio, y he vuelto a escape atrás para buscarla, temerosa de haberla perdido. Y no más que al llegar al jardín, he caído en que la dejé puesta. ¡Paseo más inútil! Digo, inútil no, con esta novedad. ¡Cuánto me alegro de que se conozcan ustedes!

DON JOSÉ MARI. No; no nos conocemos.

LLAMA. ¿No?

HUMBERTO. No.

LLAMA. ¡Pues también me alegro de que no se conozcan! *Y añade, por toda presentación, dirigiéndose a Don José Mari y señalando a Humberto.* Mi maestro de Astronomía.

DON JOSÉ MARI. ¡Oh!

HUMBERTO. No la crea usted... Yo no soy maestro de nada... ni de nadie. Mi padre sí lo es. Yo soy un simple aficionado.

DON JOSÉ MARI. *A Llama.* Se interesa por usted grandemente. Me decía que anoche...

LLAMA. ¡Pobre de mí! ¡Soy yo la que le debe tanto!... ¡Ha regalado a mi corazón y a mi espíritu con horas tan nuevas, con tan luminosas revelaciones!...

HUMBERTO. ¡Todo lo desfigura y lo exalta!...

DON JOSÉ MARI. De manera que anoche...

LLAMA. ¡Anoche, y anteanoche, y muchísimas noches!... ¡Noches de ensueño y de grandeza, Don José Mari! ¡Qué suprema embriaguez la que nos llega de allá arriba! ¡Yo había mirado mucho el cielo y no lo había visto! ¡Desarraigarse de la tierra y volar, volar sin alas, volar sin posarse, y sin que nos pese en las plantas ni un átomo del barro terrestre! ¡Y ahondar, y ahondar en lo insondable, y penetrar en lo infinito, y viajar sin causancio por el misterio sideral de un

mundo a otro, en busca de otros seres extraños que desconocemos y desconoceremos siempre! ¿Quién hay en Marte, quién hay en Venus, quién hay en el Sol mismo? ¿Qué personajes de magia los pueblan? ¿Cómo son? ¿Nos miran, nos quieren, nos estudian? ¿Son monstruosos o son bellos? Y si son bellos, ¿sabrán nuestros ojos apreciar su belleza? ¿Se aman y se odian como los humanos? ¿Lloran, ríen, cantan? ¿Los veremos alguna vez? Aun pensando que no, aun deplorando la pobreza de nuestros medios de investigación y de nuestra propia fantasía, ¡qué deleite supremo es el de perseguirlos sin tregua en el azul profundo de los cielos sin límites! ¿Disparato mucho, maestro?

DON JOSÉ MARI. *Mortificado.* ¡Qué entusiasmo; qué ardimiento, amiga!

HUMBERTO. Como usted verá, es ella la maestra, y no yo. Ahora se enardece, interroga y duda; otras veces afirma, y le describe a usted los habitantes de Saturno como si fueran vecinos de su calle.

LLAMA. El maestro se ríe... No diré yo que sin razón. Pero este maestro y todos, no deben olvidar que de cuando en cuando los artistas, los poetas, los noveleros, los visionarios... ¡los embusteros mismos!... tenemos felices intuiciones y alumbramos o nos adelantamos a la propia ciencia. ¿Soy irreverente? ¿Disparato?

HUMBERTO. ¡Nunca!

Hay un silencio lleno de palpitaciones y de miradas, que aprovecha Don José Mari con tanta amargura como discreción.

DON JOSÉ MARI. Bien; pues yo deajo, con la venia de ambos, al maestro y a la discípula... o a la maestra y al discípulo.

LLAMA. ¿Se va usted?

DON JOSÉ MARI. Sí: me aguardan mi hermana y mi sobrina. Hasta luego, Llama.

LLAMA. Hasta luego, Don José Mari.

DON JOSÉ MARI. *A Humberto.* Señor, queda usted en su casa. Como amigo de *ella...* disponga... disponga de este pobre viejo; de este menguado habitante de la tierra.

HUMBERTO. Y usted de mí, señor.

DON JOSÉ MARI. *Retirándose; disimulando la emoción que lo embarga.* Adiós, adiós, adiós...

LLAMA. ¿Pobre Don José Mari! Si algún día delante de mí pone cualquiera en duda que haya bondad en este mundo, yo citaré, para desmentirlo, a este santo varón. *Dejando su capa y su boina.* Bueno, maestro; y vamos a cuentas nosotros. ¿A qué se debe...? No acabo de explicarme tu presencia aquí. Te me has revelado más audaz de lo que te creía. ¿A qué se debe...?

HUMBERTO. A lo que ya se debe todo en mi ser: a tí.

LLAMA. ¿A mí?

HUMBERTO. A tí. No vayas a reírte de lo que ahora te diga.

LLAMA. ¿Y si me hiciera gracia?

HUMBERTO. No debe hacértela.

LLAMA. Sí: tu cara en este instante no predispone a risa. ¿Qué te sucede? Estás pálido, densamente pálido... *Tomándole una mano.* Y yerto. ¿Qué tienes, maestro? ¿Qué tienes?

HUMBERTO. Me atormentan unas palabras tuyas.

LLAMA. ¿Es posible? ¿Cuáles? ¿Cuándo las pronuncié?

HUMBERTO. Anoche.

LLAMA. ¿Anoche?

HUMBERTO. Al despedirnos.

LLAMA. Pues no te tortures, porque cuando yo no

las recuerdo, el veneno o el mal que pueda haber en ellas lo ha creado tu imaginación.

HUMBERTO. Quizá. Mi corazón más bien.

LLAMA. ¿Qué dije?

HUMBERTO. De repente apareció y desapareció ante nuestros ojos una estrella fugaz, y tú te comparaste a ella.

LLAMA. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo.

HUMBERTO. Rayó un segundo el cielo su luz, y se hundió en el espacio. ¿De dónde viene y adónde va? —te preguntaste.

LLAMA. Y ¿no añadí nada?

HUMBERTO. Añadiste, sí, que así somos, que así eres, que así será siempre tu vida.

LLAMA. Y ¿por qué te han inquietado palabras que con frecuencia suelo repetir?

HUMBERTO. Por el momento en que las dijiste. Nos despedíamos... Entonces no me hirieron. Hoy, al recordarlas, al pensar en ellas, he llegado a temer...

LLAMA. ¿Qué?

HUMBERTO. Que hubieran sido intencionadas; que envolviesen la insinuación de una fuga; que fueras a desaparecer de mi vista como la estrella errante.

LLAMA. ¿Lo has temido, Humberto?

HUMBERTO. Lo he temido: por eso vine en busca tuya, no pudiendo sufrir la duda hasta la noche.

LLAMA. ¿Tan hondo ha sido tu temor?

HUMBERTO. Como el de quien piensa de repente que va a perder la razón de su vida.

LLAMA. ¡La razón de su vida!... Pero ¿ya he llegado a ser eso para tí? No te creo.

HUMBERTO. Pues me habrás de creer.

LLAMA. ¡No te engañes!

HUMBERTO. No es un engaño este sentimiento: es una profunda realidad.

LLAMA. ¿Y si por ventura yo desapareciese de verdad algún día como la estrella?

HUMBERTO. Yo te buscaría hasta encontrarte.

LLAMA. ¿Dónde? ¿Cómo?

HUMBERTO. Donde fuera y como fuera. Si indago y penetro en millones de mundos distantes, ¿qué me costaría recorrer este tan pequeño donde nos hallamos para dar contigo?

LLAMA. *Conmovida.* ¡Maestro!

HUMBERTO. Y daría contigo, no lo dudes: el amor no ve de cerca, pero ve de lejos.

LLAMA. ¡Amor has dicho!

HUMBERTO. Pues ¿cómo he de llamarlo? Simpatía de los espíritus o atracción humana, ¿qué ha de ser sino amor?

LLAMA. Te miro como alucinado, Humberto. Vuelvo a repetirte que no te engañes.

HUMBERTO. No, no me engaño: te quiero, Llama. Eres ya sangre de mi vida.

LLAMA. Pero ¿qué sabes tú de la mía cuando me hablas así?

HUMBERTO. No sé más sino que ha de pertenecerme. Te quiero. Tu propio misterio me fascina. Yo entraré en él; yo me hundiré gozoso en sus ondas.

LLAMA. No, Humberto; no delires. De mi vida sabrás siempre menos que de algunas estrellas, te dije la primera noche que nos hablamos. Aquí mismo.

HUMBERTO. De tu vida llegaré a saber tanto como tú.

LLAMA. ¡Tanto como yo!...

HUMBERTO. ¿Ves? ¿No ha de interesarme tu existencia? ¿No has de atraerme, criatura? Apareciste ha poco, para calmar la inquietud que yo sentía, alegre, impetuosa, comunicativa, encendida como la llama de tu nombre...

LLAMA. ¡De mi nombre!

HUMBERTO. Y ante mi deseo de saber de tí, de pronto te ensombreces y te marchitas. ¿Por qué es esto?

LLAMA. Déjame... Conténtate con el resplandor de la llama: no quieras coger con tus manos los troncos de la hoguera. ¡Huye de mi dolor!

HUMBERTO. ¿De tu dolor hablaste? ¡Nada he sabido de él hasta ahora mismo! ¡Ya saltó una chispa en la sombra! Llama, tu dolor será mío.

LLAMA. Pobre contemplador de estrellas, ¿qué entiendes tú de dolores humanos?

HUMBERTO. Pero ¿imaginas acaso que la ciencia no tiene corazón? Sus enamorados, sus devotos, son hombres primero que sabios, y porque lo son se preocupan de hallar verdades provechosas a la Humanidad, en que los demás hombres no piensan. No son, no, seres distintos de los otros, abstraídos del mundo en que nacen, alucinados por su fe y que sólo respiran y viven en la esfera de sus especulaciones. No: maestros y discípulos llevamos en el pecho más calor humano que todos. Y por eso ahora, Llama, ahora, después de haberte visto, después de conocerte, no hay en el firmamento estrella que a mí me importe más que tú.

LLAMA. Piensa bien lo que dices.

HUMBERTO. No lo necesito.

LLAMA. ¡Hermosa fe la del amor!

HUMBERTO. Ella gobierna el mundo en que estamos.

LLAMA. ¡Y ella ha encendido el mío!

HUMBERTO. ¿Me quieres tú, Llama?

LLAMA. ¡Primero que tú a mí!

HUMBERTO. ¡Oh! ¡No retardes más el hablarme!
¡Descansa en mi pecho! ¡Dame tu dolor para mí!

LLAMA. Sea: sea, ya que lo pides. ¿Anhelas penetrar en mi vida, verdad?

HUMBERTO. ¡Lo anhelo!

LLAMA. ¿Te importan su misterio, su razón de ser, su amargura, su dicha, sus nieblas...?

HUMBERTO. ¡Sí, sí!

LLAMA. ¿Lo que adivinas, lo que presentes, lo que sospechas, lo que escondo...?

HUMBERTO. ¡Sí!

LLAMA. Pues oye. La casa está sola. Aquella ventanita, cuya luz te atrajo hasta a mí y encendió esta amistad, es la de mi cuarto. Sube a él. Encontrarás puesta la llave de un mueblecillo de caoba. Ábrelo, como si fuera tuyo, que ya lo es. En él guardo cartas, documentos, sagrados papeles, mis diarios, mi vida entera... ¡Húndete en ella! ¡Húndete con fervor! ¡Hasta lo que pienso de tí y no te he dicho nunca puedes saberlo ahora!

HUMBERTO. ¡Llama!

LLAMA. Pero como sé que tu corazón va a estremecerse, que va a turbarse tu pensamiento, que tus manos se van a crispar con alguna revelación no esperada, ve y regístralo todo ello, si es una verdad cierta y firme ese amor que me has declarado; si eres capaz de llevar en tus brazos mi vida, sea cual sea, hasta el fin de los dos. Si no es así; si eres sólo víctima de una sugestión pasajera, que te pinta como un amor tan grande lo que no lo es, no entres, no subas, no llegues a respirar el aire de ese cuarto, lleno de mis suspiros y de mis novelas... Respeta el misterio que me rodea y que yo misma enciendo y canto... y apártate de esta infeliz mujer.

HUMBERTO. Llama, yo acepto y amo desde ahora tu pasado, sea cual fuere.

LLAMA. Maestro, yo quiero que lo ames y que lo aceptes cuando lo conozcas. Allí lo tienes. Entra; sube.

HUMBERTO. ¡Sin dudar un segundo! *Obedece sugestionado.*

LLAMA. ¡Ah!... *Con súbito espanto.* ¡Si luego huye de mí, yo me muero! *Coge su capa y se va hacia el campo, de un vuelo.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo lugar también, media hora más tarde.

De la vivienda sale sobresaltada Pinpilinpauxa. Da unos pasos vacilantes buscando a su amigo, y al fin desaparece por la izquierda llamándolo, sin levantar la voz.

PINPILINPAUXA. ¡Miguelecho! ¡Miguelecho! *Vuelve tan inquieta como se fué y va a llamarlo por el otro lado.* ¡Miguelecho! Pero ¿dónde se ha ido? ¡Miguelecho! ¡Ah! ¡Allí sale! ¡Miguelecho! ¡Ven! *Espera impaciente.* ¡Susto bueno! ¡Bueno!

Por la derecha llega el jardinerillo.

MIGUELECHO. ¿Llamas?

PINPILINPAUXA. Sí. No grites.

MIGUELECHO. ¿Qué quieres? ¿Asustada estás?

PINPILINPAUXA. Mucho. ¡Ladrones en casa!

MIGUELECHO. ¡No digas! ¿Ladrones?

PINPILINPAUXA. Quisá no, pero... quisá sí.

MIGUELECHO. ¿Dónde?

PINPILINPAUXA. Arriba. En ese cuarto.

MIGUELECHO. ¿Donde señorita?

PINPILINPAUXA. Sí.

MIGUELECHO. Yo veré.

PINPILINPAUXA. ¡No vayas!

MIGUELECHO. ¡Entonces!...

PINPILINPAUXA. Iremos.

MIGUELECHO. No; tú, no. ¿Es más de uno?

PINPILINPAUXA. Yo uno solo he visto.

MIGUELECHO. ¡Por tu miedo parese cuadrilla!

PINPILINPAUXA. Avisa carabineros, mejor.

MIGUELECHO. Veré antes. No será ladrón, no; no será.

PINPILINPAUXA. ¿No?

MIGUELECHO. Más bien creo...

PINPILINPAUXA. ¿Qué?

MIGUELECHO. Novio señorita.

PINPILINPAUXA. ¡Ah! ¿Tú conoses?

MIGUELECHO. Sí. Seguí una noche. ¿No recuerdas?

PINPILINPAUXA. Sí, sí. Dijiste.

MIGUELECHO. Conosco bien, conosco. Con señor y señorita aquí estaba antes. Deja. Subo y veo. No te asustes; llevo tijeras. *Éntrase decidido en la casa.*

PINPILINPAUXA. *Iluminándolo todavía.* ¡Por serradura puedes ver! *Va de aquí para allá, desasoscada.* Del cuerpo no me sale... *Bildura... bildura... bildura...* En castellano, miedo... miedo... miedo...

Vuelve Miguelecho.

MIGUELECHO. ¡Pensé asertado!

PINPILINPAUXA. ¿Es ése?

MIGUELECHO. ¡Ese es! Bebe agua. Que te pase susto.

PINPILINPAUXA. Ya me pasa, ya. ¿Está solo?

MIGUELECHO. Solo.

PINPILINPAUXA. Y ¿qué hase?

MIGUELECHO. Pasear. Manos atrás, pasea que pasea... Seño duro. Preocupado parese. Estará esperando.

PINPILINPAUXA. ¿A quién?

MIGUELECHO. ¡A ella!

PINPILINPAUXA. Pudiera ser.

MIGUELECHO. ¡Mira si pudiera ser, que allí viene!

PINPILINPAUXA. Me alegro. ¿Desimos?...

MIGUELECHO. ¿Para qué? ¡Ella sabrá!

PINPILINPAUXA. ¡Claro! Ella sabrá. No desimos,

no.

MIGUELECHO. No desimos.

Reaparece Llama por la izquierda, abstraída. Al advertir la presencia de los muchachos les habla, pero un poco maquinalmente.

LLAMA. ¡Hola! ¿En amor y compañía, eh?

PINPILINPAUXA. Sí, señorita.

LLAMA. ¿Salieron los señores?

PINPILINPAUXA. Sí, señorita: salieron. Nadie *no* está... de la familia.

LLAMA. La tarde es hermosa, pero yo me he cansado de pasearme. *Disimuladamente presta oído para cerciorarse de que Humberto sigue en su cuarto.* ¿Tú has subido, Pinpilinpauxa?

PINPILINPAUXA. Sí, señorita. Y he bajado.

LLAMA. Ya, ya te veo. *Vuelve a prestar oído hacia la ventana.*

PINPILINPAUXA. Señorito está arriba.

LLAMA. ¿Eh?

PINPILINPAUXA. *Tímidamente.* Que arriba está señorito.

MIGUELECHO. ¡Y desías no diremos!

LLAMA. ¡Si yo lo sé! Es mi abogado, que estudia unos papeles míos... un asunto...

MIGUELECHO. Asunto difísil. Pasea que pasea... Seño duro. Manos atrás.

LLAMA. Idos.

PINPILINPAUXA. Sí, señorita.

LLAMA. ¿Sabes tú si volverán pronto los señores?

PINPILINPAUXA. No suelen.

LLAMA. ¿Dónde fueron?

PINPILINPAUXA. A casa amiga. Se entretienen siempre. Toman té, juegan... Se distraen así.

LLAMA. Pues yo quiero... Digo, yo no quiero... Yo no quiero que sepan que está aquí... mi abogado. ¿Lo oís?

MIGUELECHO. Bien, señorita.

PIMPILIMPAUSA. Descuide, señorita.

LLAMA. Si los veis venir, me avisais. *Dándole a Pinpilinpauxa la capa y la boina.* Ten ahí. Deja esto en el vestíbulo. No vayas a subirlo a mi cuarto.

PINPILINPAUXA. Ya comprendo. *Obedece y vuelve a salir en seguida.*

LLAMA. ¿Qué?

MIGUELECHO. Nada, señorita.

LLAMA. *Alejándose hacia la izquierda.* Cometí una imprudencia al marcharme... No era dueña de mí.

MIGUELECHO. *Cuchicheando con Pinpilinpauxa.* También preocupada señorita.

PINPILINPAUXA. También.

MIGUELECHO. Cosa grave parece.

PINPILINPAUXA. Parece. Cuidaremos puerta.

MIGUELECHO. ¡Ya hablamos castellano casi como señores!

PINPILINPAUXA. ¡Casi!

MIGUELECHO. ¡Casaremos pronto!

PINPILINPAUXA. ¡Casaremos!

MIGUELECHO. ¡Si en eso consiste!... *Ilusionados con esta risueña perspectiva se van por la derecha. Se presume que su vigilancia de la puerta será deficiente.*

Queda la escena un momento sola, invadida por una luz suave. Allá en lo alto brilla, como curioso, un lucero. Vuelve Llama, atraída por una voz que más bien adivina que oye.

LLAMA. ¿Será verdad o es ilusión de mis sentidos?... *Escuchando hacia la derecha.* No... no es ilusión... ¡es verdad!... *Turbada; contrariada.* ¡Este hombre!... ¡Este hombre ahora!... ¿Quién lo ha empujado aquí? ¡Ahora!... ¡ahora!... *Acércase desconcertada a la casa; mira ansiosa hacia la ventanita de su cuarto: no sabe qué hacer. Crece su inquietud.* ¡Tentada estoy de desconocerlo! Sí, sí: es lo mejor: ¡no lo conozco!

Apenas acaba de pronunciar estas palabras cuando se le aparece por la derecha Darío Candiani, el oficial marino de quien sabemos por su "Diario". Es joven, bien portado, expresivo. No viste uniforme.

DARÍO. ¡Por fin!... ¡Enhorabuena! Aquí estoy.

LLAMA. ¿Cómo?

DARÍO. Aquí estoy.

LLAMA. Sí; ya lo veo... aquí está. Pero ¿quién es usted?

DARÍO. ¿No me recuerdas?

LLAMA. Francamente... no.

DARÍO. ¿No?

LLAMA. No. Pienso que está usted confundido.

DARÍO. ¡Qué disparate! Ahora, que si tú no me recuerdas, o, peor, si lo finges, quizá debiera volver sobre mis pasos y dejarte.

LLAMA. Insisto...

DARÍO. No insistas, Iluminada: vengo a verte a tí.

LLAMA. ¡Ah! ¡Iluminada!... Yo usé ese nombre alguna vez.

DARÍO. Por lo menos durante aquellas noches inolvidables de una travesía en el *Morsamor*. Una de ellas, ya cerca del día, tú y yo, conmovidos, con un-

ción religiosa, echamos unas flores al mar en el mismo sitio donde el año anterior había caído el cuerpo de mi madre. ¿Me reconoces y me recuerdas ya?

LLAMA. *Arrepentida de su disimulo.* ¡Sin necesidad de haberte visto! Me ha bastado el oírte.

DARÍO. ¡Entonces!

LLAMA. Entonces... Darío Candiani, es que no quería que ahora vinieses; es que has vuelto a mí en el momento menos favorable.

DARÍO. ¿Pues?

LLAMA. Porque nunca pasé por otro más inesperado, más inquietador, más hondo... ni que más pueda decidir de mi vida. *No la abandona la constante preocupación de Humberto.* Vivo una hora de tortura y de ilusión a la par. En ella nada pueden interesarme tus desvaríos.

DARÍO. No son desvaríos los que hoy te traigo. Ya veo por tus palabras que llegó a tus manos mi carta de París.

LLAMA. Llegó: más oportunamente que tú ahora.

DARÍO. No me lo repitas de nuevo. Me iré, me iré... No quiero estorbarte. He vuelto a tí, sin pensar en las circunstancias, desconociéndolas, por cumplir nuestro pacto de despedida.

LLAMA. ¿Cuál fué?

DARÍO. ¡Me lo preguntas!... ¿Tampoco lo recuerdas?

LLAMA. Tampoco.

DARÍO. ¿Del mismo modo que me desconocías?

LLAMA. Probablemente.

DARÍO. Lo que deduzco, Iluminada, según te escucho y te contemplo, es que, por ese mismo pacto, si no hoy, mañana, tú también me hubieras buscado a mí.

LLAMA. ¿Yo a tí? Pues ¿cuál fué nuestro pacto? Aquellas noches del *Morsamor*, hablábamos, ha-

blábamos sin tregua, más locos que cuerdos, en competencia de decir disparates, a ver quién vencía a quién en el torneo de la fantasía.

DARÍO. Así es la verdad.

LLAMA. Tú, acercándote enamorado a mí: yo, huyendo de tu amor. ¿No es así también la verdad?

DARÍO. Ciertamente. Pero al despedirnos... al despedirnos en...

LLAMA. ¿Donde fuera! Al despedirnos, ¿qué?

DARÍO. Al despedirnos acordamos buscarnos recíprocamente, el día que cada uno pasara por algún suceso extraordinario, por alguna aventura imprevista o insólita, por alguna hora maravillosa o desconcertante que hasta entonces no había llegado a nuestras vidas. ¿Fué así?

LLAMA. Así fué.

DARÍO. Luego tú has debido buscarme en estos momentos en que te hallo.

LLAMA. Estos momentos son para mí sola. Nada tienen que ver ni con aquel pacto, ni contigo. ¿Y tú, porque vienes a mí?

DARÍO. Porque me ha sucedido, amiga mía, algo estremecedor, increíble: algo que me da un nuevo ser.

LLAMA. ¿Un nuevo ser? ¡Extraordinario es eso! ¿Hallaste acaso a la mujer nunca vista de los ojos grises?

DARÍO. No; más.

LLAMA. ¿Encontraste la selva en que flores y árboles lloraban como seres humanos?

DARÍO. Más; más.

LLAMA. ¿Volvieron ante tí las sombras silenciosas de tus muertos queridos, que con su silencio te hablaban?

DARÍO. Más aún.

LLAMA. ¿Más aún, Darío?

DARÍO. ¡Mucho más! No cabe en mente humana

lo que vengo a contarte ; lo que te voy a descubrir, soñadora. Aun estando absorbida por tus actuales preocupaciones, aunque te ausentes de mis palabras, aunque tu espíritu me rechace, aunque tus ojos huyan de los míos, me has de mirar y me has de oír en cuanto te lo diga. Sábelo ya, mujer : yo he muerto y he resucitado.

LLAMA. ¡ Darío ! ¡ Gran quimera esperaba siempre de tí, pero no tan grande !

DARÍO. Yo, en cambio, esperaba tu risa.

LLAMA. ¿ Mi risa ? No está para reír mi ánimo. Ni para seguir escuchándote tampoco.

DARÍO. Un minuto no más. Al morir sentí una paz inefable y augusta. Mi cadáver ha flotado horas enteras sobre las olas. Resucité en una cabaña de pescadores. Un dolor intenso me hizo comprender que volvía a vivir. Conozco ya, por milagro de Dios, el gran misterio. Sé algo de después de la muerte. Busco un espíritu hermano para confesarme.

LLAMA. ¡ Calla ! ¡ No blasfemes ni desatines ! ¡ Por acercarte de nuevo a mí has discurrido esto ! ¿ Cómo he de creer yo tales patrañas ? En tu vida, vulgar como la mía, necesitas crear tú mismo lo extraordinario.

DARÍO. Yo te juro...

LLAMA. No jures ni delires más. Vete ; déjame. ¡ Por favor ! Si eso que me cuentas fuera posible ; si algún día pudieran los hombres saber su destino ulterior a la vida terrena, ese sería el de mayor desolación de la Humanidad. No, no ; la gran verdad está sepultada bajo nieves eternas, y sólo las podremos hollar tras el frío de la muerte. De la muerte ; no de una ficción o apariencia de muerte. Pero ahora no es tampoco la muerte ni sus nieblas lo que me preocupa : ahora es la vida ; solamente la vida. ¡ Con su dolor o con sus amores ! ¡ Pero nada más que la vida ! ¡ La

vida, que nos lleva y nos trae; que nos ata o nos suelta las alas, que nos humilla a su placer, enseñándonos, cuando más alta llevamos la frente, que nuestros pies están sujetos a la tierra! Déjame.

DARÍO. ¿Es que diste al fin, lejos del amor mío, con paraje en que detenerte y descansar?

LLAMA. ¡No lo sé!

DARÍO. ¿O sigues todavía, como siempre, huyendo del amor?

LLAMA. ¡No lo sé tampoco! Si siempre he huído del amor ha sido ante el espanto de que el amor huiera de mí.

DARÍO. ¡El mío no hubiera huído nunca!

LLAMA. ¡No lo quiero saber!

DARÍO. ¿Continúa tu espíritu en aquella salvaje libertad, indómita, rebelde...?

LLAMA. ¡No lo sé!

DARÍO. ¿No te cansa el vuelo constante?

LLAMA. Quizá... ¡No lo sé! Déjame.

DARÍO. Sí. Te dejo. A pesar mío, te dejo. Me has oído ya lo que deseaba revelarte. Tú me buscarás.

LLAMA. No.

DARÍO. ¿No me buscarás?

LLAMA. No quisiera. Porque si te busco... será para hablar de la muerte más que de la vida... y tú no quieres eso tampoco.

DARÍO. Es que tu vida... es que tu vida...

LLAMA. ¡Calla! Mi vida viene ahí. ¿No sientes sus pasos? ¡Pues ésa que viene ahí es mi vida! Vete; vete.

DARÍO. Me voy, sí. ¡Qué remedio! Me voy... ¡en apariencia!

LLAMA. ¿Eh?

DARÍO. Sí: no me mires. No ofendo a nadie: no traiciono a nadie. Esto es más fuerte que mi voluntad. Aunque, obedeciéndote, me quisiera llevar de aquí mi

corazón y mi alma, ellos se niegan a acompañarme. ¡Se quedan junto a tí! Pero aunque sea para hablar de la muerte... ¡búscame tú algún día! ¡Búscame, iluminada! ¡Búscame! *La contempla un punto, y antes de marcharse se pregunta con desolación: ¿Por qué he vuelto a la vida?*

LLAMA. *Tras un gran suspiro; clavados los ojos en la puerta de la casa, por donde a poco aparece Humberto. ¡Ay! ¡Ahora sabré yo de verdad si vivo o si muero!*

Sale efectivamente Humberto. Al verla, corre anheloso a estrechar sus manos. Se miran conmovidos. Ninguno de los dos acierta a pronunciar palabra. Humberto se separa de ella y busca con la vista a alguien. Luego, la interroga:

HUMBERTO. ¿Con quién hablabas tú?

LLAMA. ¿Me has oído?

HUMBERTO. He sentido tu voz y otras desconocidas.

LLAMA. Eran antes Pinpilinpauxa y Miguelecho, criados de la casa.

HUMBERTO. ¡Ah!

LLAMA. Ahora, un antiguo amigo marino; un oficial a quien conocí hace tres años, y con el que he charlado mil locuras. Ya se fué.

HUMBERTO. No sabía que me esperabas aquí.

LLAMA. Aunque no hubiera estado aquí, te esperaba.

HUMBERTO. Yo habría podido bajar antes.

LLAMA. Yo comprendí que hice mal en dejarte solo y vine a remediar mi imprudencia. ¿Estás inquieto?

HUMBERTO. No.

LLAMA. ¿Acaso triste?

HUMBERTO. ¡Menos aún!

LLAMA. *Entre lágrimas. ¿Y yo, cómo estoy?*

HUMBERTO. ¡Más hermosa que nunca!

Silencio. Ella espera a que él hable, baja la mirada. Como el silencio se prolonga, se atreve al fin a preguntarle:

LLAMA. ¿Lo sabes ya todo?

HUMBERTO. No.

LLAMA. ¿Qué sabes?

HUMBERTO. Nada.

LLAMA. ¿Nada?

HUMBERTO. Lo mismo que sabía.

LLAMA. ¿Qué has hecho entonces...?

HUMBERTO. Detenerme ante el misterio: respetarlo.

LLAMA. ¡Maestro!

HUMBERTO. Proceder como tú.

LLAMA. ¿Tú, el investigador, el curioso, el insaciable...?

HUMBERTO. Yo; el insaciable, sí.

LLAMA. ¿Miedo de saber, por ventura?

HUMBERTO. ¡No! Es ese el único miedo que no conozco.

LLAMA. ¿Ni ahora; ni conmigo?

HUMBERTO. Ahora y contigo menos que nunca.

LLAMA. Pues ¿cómo has tardado tanto tiempo...?

HUMBERTO. ¿Te ha parecido mucho?

LLAMA. *Con graciosa y conmovedora ponderación.* ¡Un año de Júpiter!

HUMBERTO. *Sonriéndole.* ¡Mucho ha sido!

LLAMA. ¿Qué has hecho allá arriba?

HUMBERTO. Arrepentirme, antes que nada, de mi ciego arrebató al subir. Luego, meditar, soñar, beber tu espíritu en la atmósfera de tu cuarto, besar la almohada donde sueña y descansa tu cabeza. ¡Levántala ante mí tranquila, esperanzada! Ni un momento más quiero verte así, como si yo en vez de tu enamorado fuese tu juez.

LLAMA. ¡Humberto!

HUMBERTO. ¿A qué ofenderte escudriñando una verdad, cuando te tengo a tí que me la reveles? Lo que haya de saber yo de tí y de tu vida, quiero escucharlo de tus labios.

LLAMA. ¡No!

HUMBERTO. ¡Sí! Y de tus labios, cuando seamos enteramente el uno del otro, en cuerpo y en alma.

LLAMA. ¡Yo quiero que sea antes!

HUMBERTO. ¡Antes, nunca!

LLAMA. Entonces, separémonos.

HUMBERTO. ¿Separarnos? ¿Por qué?

LLAMA. Porque mañana, unido ya a mí, pudiera angustiarte y dolerte lo que hoy te resistes a conocer de mi vida.

HUMBERTO. ¡Eso sería si yo no te quisiera tal como eres! Pero ¡si yo te quiero así! Tu pasado no me inquieta nada si tú no deseas descubrirmelo. El pasado es humo y es viento. Para mí naciste la noche que te vieron mis ojos.

LLAMA. ¡No, Humberto, no! No me mires como mujer: mírame como una nueva estrella que aparece en tu firmamento. ¿No te esforzarías por analizarla?

HUMBERTO. De las estrellas sabemos por los mensajes de luz que nos envían: de tí sé también por tu luz. No aspiro a saber más.

LLAMA. ¿Te da miedo?—vuelvo a preguntarte.

HUMBERTO. Ya te he contestado que no.

LLAMA. ¿Sinceramente?

HUMBERTO. Podría jurarlo.

LLAMA. ¿Nada, pues, piensas que te asustará ni te pesará el día de mañana?

HUMBERTO. ¡Nada!

LLAMA. ¿Nada descubrirás en mí que te entristezca y te lleve al arrepentimiento?

HUMBERTO. ¡Nada!

LLAMA. ¿Qué te avergüence acaso?

HUMBERTO. ¿Qué me avergüence? ¡Imposible, Llama! ¡No te ofendas! ¡Ven a mí! ¡Ven a mí!

LLAMA. Aguarda todavía. Quiero preguntarte... ¿Si hubiese habido en mi vida otra pasión?...

HUMBERTO. ¡No habría podido ser mayor que la mía! ¡Yo sabría ofuscarla y desvanecerla!

LLAMA. ¿Y si nos separasen tal vez religiones distintas?

HUMBERTO. Tú vendrías a mi fe, o yo iría a la tuya.

LLAMA. ¿Y un crimen?

HUMBERTO. ¿En tu vida pasada?

LLAMA. Sí.

HUMBERTO. ¡No eres tú capaz de cometerlo!

LLAMA. Pero ¿y si lo hubiese?

HUMBERTO. ¡Soy tu cómplice desde ahora!

LLAMA. ¿Y una fortuna torpemente adquirida?

HUMBERTO. La restituiríamos.

LLAMA. *Después de mirarlo hondamente.* ¿Y si...? *Su voz se quiebra y calla.*

HUMBERTO. ¿Qué?

LLAMA. ¿Y si...?

HUMBERTO. ¿Qué, alma mía, qué?

LLAMA. *Con supremo esfuerzo.* ¿Si yo desconociera mi origen?

HUMBERTO. ¿Eh?

LLAMA. ¿Si hubiese buscado inútilmente a mis padres por el mundo entero?

HUMBERTO. ¡Oh! ¡Engendrarte y no conocerte!... ¡Es mayor la pena que la culpa!

LLAMA. ¡Así sólo puede hablar un enamorado!

HUMBERTO. Pues ¿qué es quien te habla?

LLAMA. Pero ¿y si lo que te digo fuera así?

HUMBERTO. ¡En mi corazón encontrarías todo el calor que te faltó al nacer!

Llama, conmovidísima, llora silenciosamente, cubriéndose el rostro. Humberto, callado, respeta su emoción, de la que participa. Al cabo ella se rehace, y como si volviera a otra vida y de otro mundo, le sonríe y exclama, buscando sus manos:

LLAMA. ¿Y si después de todo esto no fuese más que una mujer traviesa, original, soñadora, que quiere vivir horas excepcionales, llenas de encanto y de misterio; que las inventa, si la vida no se las da...? ¿Si no fuera más que esto?

HUMBERTO. ¡Lo mismo te querría para mí! ¡No prolongues más tu interrogatorio, que para los dos es un martirio inútil; que te están aguardando mis brazos! ¡Como hayas sido y como eres, te quiero para mí!

LLAMA. *Abrazándosele.* ¡Pues para tí soy ya desde ahora!

HUMBERTO. ¡Para mí! ¡Para mí!

LLAMA. *Elevando sus ojos al cielo.* ¡Estrellas escondidas, miradnos!

Pausa.

HUMBERTO. Alguien viene, Llama.

LLAMA. ¡Qué importuno, quien sea!

HUMBERTO. Te dejo.

LLAMA. ¡Qué importuno!

HUMBERTO. Hasta la noche.

LLAMA. ¡Iré más temprano que nunca! Hasta la noche.

HUMBERTO. ¡Hasta la noche! *Se aleja por la izquierda.*

LLAMA. *Jubilosa.* ¡Miradnos, estrellas escondidas!

Por la derecha llegan en esto Prisca y Doña Melchora, indignadas.

DOÑA MELCHORA. ¡No nos quedaba otra cosa que ver!

LLAMA. ¿Eh? ¡Ah! ¡Mis amigas!...

PRISCA. ¿Quién es el que huye de nosotras?

LLAMA. ¿Huir? ¡Qué tontería! ¡No huye nadie!

PRISCA. ¿Quién es ese hombre?

LLAMA. ¡Ah! ¿Ese hombre? ¿Qué importa quien sea?

DOÑA MELCHORA. A usted, no, pero a nosotras, sí. ¡Esto ya colma el vaso, señora! ¿Quién es?

LLAMA. *Con alegría que no quiere contener.* ¡Mi maestro, mi amigo, un caballero, un mito, un fantasma!

PRISCA. ¡Un fantasma de carne y hueso!

Por la izquierda surge Don José Mari, que sin duda ha visto marcharse a Humberto. Suave melancolía le inunda el corazón. Silenciosamente se sienta aparte, y allí permanece oyéndolo todo sin hablar palabra.

DOÑA MELCHORA. ¿Está usted contenta?

LLAMA. ¡Mucho! ¡Muchísimo! ¡Oh, Don José Mari; mi defensor, mi amigo cariñoso! *Le estrecha las manos.* ¡Estoy contenta, muy contenta! ¡Y ustedes, impacientes amigas, van a quedarlo aún más! ¡Mañana, pasado, muy pronto, desapareceré de esta casa, donde he sido unos días la perturbación, el trastorno, el miedo...!

PRISCA. ¡No lo sabe usted bien!

LLAMA. ¡Sí lo sé, Prisca! ¡Sí lo sé! ¡Desde el primer instante! Pero mi egoísmo no me ha permitido dejar a ustedes. ¡Era aquí tan dichosa!... ¡No las olvidaré jamás! ¡Esta casa será para mí siempre objeto de gratitud, de culto!... ¡No me olviden ustedes a mí!

DOÑA MELCHORA. No, señora, no; esté usted segura.

PRISCA. ¡No hay temor de que la olvidemos!

LLAMA. ¡Ja, ja, ja! ¡Desapareceré muy pronto! ¡Muy pronto!

Va a entrarse en la casa, y al oír a Doña Melchora, se detiene volviéndose hacia ella.

DOÑA MELCHORA. Pero ¿se irá usted sin decirnos quién es?

LLAMA. ¡Claro! ¡Ahí está la gracia! ¿Verdad, Don José Mari?

PRISCA. ¿Ni siquiera su verdadero nombre?

LLAMA. ¡Mi nombre! ¿Qué vale mi nombre? ¡Una mujer! ¡Una mujer que llora, y que ríe, y que espera, y que ama! ¡Una mujer que no sabe ni adónde va ni de dónde viene, ni ha querido saberlo nunca! ¡Una sembradora de sueños! ¡Una llama del sol, que se desvanece! ¡Una estrella errante que se traga la noche!... ¡Mi nombre! ¡Llama, Piadosa, Iluminada, Misterio!... ¡Novelera!...

Éntrase en la casa. Doña Melchora y Prisca, sobrecogidas y turbadas, se santiguan mirándose, como quien ve visiones. Don José Mari se lleva el pañuelo a los ojos.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía y El Escorial, octubre, 1928.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el Loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La Calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.—Las vueltas que da el mundo.—Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.—Cancionera.—La boda de Quinita Flores.—Las de Abel.—Barro pecador.—125 kilómetros.—La cuestión es pasar el rato.—Tambor y Cascabel.—Los mosquitos.—Novelera. Rondalla.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Vámonos.—La suerte. Las muertes de Lopillo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—

Los chorros del oio.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las benditas Máscaras.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—El pie.—El último papel.—Cambio de suerte.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Falomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido Revoloteo.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los ga-eotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molaes.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.—Dos pesetas.—Pepita y Don Juan. Los grandes hombres o el Monumento a Cervantes.

Pompas y honores, *cabricho literario en verso. Fernand Fe Madria.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marin, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*
 La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIONES ESCOLARES DE ALGUNAS OBRAS

Dofia Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

Las de Caín, *Edited with notes, exercises and vocabulary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Norman L. Willey, University of Michigan.—Allyn and Bacon.—Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Francisco.*

Así se escribe la historia, *Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Edwin B. Place, Ph. D., Professor of Romance Languages. University of Colorado. New York, Alfred A. Knopf.—MCMXXVI.*

Puebla de las mujeres.—*Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Lula Giralda Adams, teacher of Spanish in the Brookline High School, Massachusetts. New York and London, The Century C.º.*

La flor de la vida, *Edited with direct-method exercises, notes, and vocabulary by Frank O. Reed, Professor of Spanish and John Brooks, Associate professor of Spanish University of Arizona, with a critical introduction by Federico de Onís.—D. C. Heath and Company, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dallas, San Francisco.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zaga'z*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

Anima gitana (*Cabrita que tira al monte...*), por CARLO BOSELLI.

Il mondo è un fazzoletto (*El mundo es un pañuelo*), por ITALO ZINCARELLI.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), por FRANZISKA BECKER
y S. GRAFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES
LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*).—Bour-
les-Dames (*Puebla de las Mujeres*), por MAURICE COIN-
DREAU.

L'amour qui passe (*El amor que pasa*), por GERMAINE
DURCOS-CENOS y ROGER MARTIN DU GARD.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por
N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).
Malvaloca.—O mundo é tão pequeno... (*El mundo es un
pañuelo*), por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de
confissão, por ALICE PESTANA (Caiel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenario.—
Cristalina, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LU-
CRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se en-
tiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

The Fountain of Youth (*La flor de la vida*), por SA-
MUEL N. BAKER.

Reading and Writing (*Lectura y escritura*), por BEATRICE ERSKINE.

Four Plays (un volumen). The Women have their Way (*Puebla de las Mujeres*), A Hundred Years Old (*El Centenario*), Fortunato, and The Lady from Alfaqueque (*La Consulesa*), por HELEN y HARLEY GRANVILLE-BARKER.

AL DANÉS:

Kærligheden Drager Torbi (*El amor que pasa*), por JOHANNE ALLEN.

TEATRO COMPLETO DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

TOMO I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12 principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino.—Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

TOMO II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes.

TOMO III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

TOMO IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el "botijo"!

TOMO V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

TOMO VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

TOMO VII. —PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los pipos.—El flechazo.—El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los galeotes.

TOMO VIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

TOMO IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

TOMO X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

TOMO XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo. Las de Caín.—Sin palabras.

TOMO XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

TOMO XIII. —PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cuatro palabras.—Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

TOMO XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

TOMO XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

TOMO XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.—El patinillo.—La muela del rey Farfán.

TOMO XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Tewel.

TOMO XVIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

TOMO XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

TOMO XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped.—Cabrita que tira al monte...

TOMO XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

TOMO XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña.—
El amor bandolero.—Isidrín o Las cua-
renta y nueve provincias.—Becqueriana.
Diana cazadora o Pena de muerte al
Amor.

TOMO XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona.—Pedro Ló-
pez.—La Calumniada.

TOMO XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS.

Febrerillo el Loco.—El mundo es un pa-
ñuelo.—Pasionera.

TOMO XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de
América. — La sillita. — Castañuela, arbi-
trista.—La seria.—El mal ángel.—El cuar-
tito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia
y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pese-
tas.—Vámonos.—Revoloteo.

TOMO XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arraba-
les.—La prisa.—La flor en el libro.

TOMO XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vuel-
tas que da el mundo.—Las benditas Más-
caras.

TOMO XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de en-
frente.—Los marchosos.—La del Dos de
Mayo.—Los pápiros.

TOMO XXIX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

TOMO XXX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

TOMO XXXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Las de Abel.—Los grandes hombres o El monumento a Cervantes. — Barro pecador.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Alvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

PUBLICADOS :

TOMOS I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX.

EN PRENSA :

TOMO XXXI.



SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

1. La Most Loca
2. Manita, Nana
3. Nenateruel
4. EL Nido
5. Ladina de Juana
6. EL Niño Prodigio
6. Novelera
7. Los Ojos de Luto
8. Los Pápiros
9. Pasionera
10. EL PATINILLO
11. EL Patio,
12. Pedro Lopez

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.20
no.1-14

